

PUCK

TIENE DIFICULTADES

Lisbeth Werner



PUCK

TIENE DIFICULTADES

Lisbeth Werner



PUCK TIENE

DIFICULTADES

Por LISBETH WERNER

EDICIONES TORAY, S.A.

BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES

Título original danés:

PUK VISER KLOER — STAKKELS PUK

Traducción:

Josefina Dalmau.

Cubierta: Badía Camps.

Ilustraciones: R. Cortiella

DÉCIMA EDICIÓN

Depósito Legal: B. 35.259-1988

ISBN 84-310-2099-7

© Carlos Andersen - Knud Meister.

Copenhague - Dinamarca.

Ediciones Toray, S. A., 1988

Duero, 6. 08031 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain

Litografía Fisan, s. l. Jaime Piouet, 7 - 08017 Barcelona





Las vacaciones de verano iban a finalizar dentro de unos días.

Puck jamás había tenido otras tan maravillosas. No sólo las había pasado con su padre, sino también con Navio y Karen, quienes, de no haber sido por ella, se hubieran visto obligadas a permanecer en el pensionado. En Fjordby había vivido momentos emocionantes, a consecuencia de los cuales la chiquilla se había visto convertida en copropietaria de un hermoso barco de motor.

En compañía de su padre, del veterinario Moeller y sus dos amigas, Puck había hecho un maravilloso pequeño crucero por aguas danesas, y, naturalmente, también Plet había embarcado con su amita. Día a día, los viajeros fueron acumulando nuevas impresiones, y todos pensaban que Dinamarca era el más bello país del mundo. No hay en él montañas ni cimas nevadas, ni extensos bosques de abetos ni cascadas espumosas, ni la opulenta vegetación de los trópicos, ni los lujosos palacios de la Costa Azul, pero en cambio sí había sonrientes bosques de hayas y brillantes lagos, que en su tranquilidad son una auténtica alegría para los ojos. Hubo momentos en que Puck quedaba maravillada. ¿Por qué tantos turistas daneses se iban lejos, al extranjero, durante las vacaciones, cuando todavía no conocían del todo su propio país? Debe de ser sin duda porque les parece elegante poder hablar a los amigos del Tirol o de Taormina.

Las deliciosas vacaciones finalizaron en Sundkoebing, con una fiesta de despedida que tuvo lugar en casa del veterinario Moeller. Navio y Karen regresaron entonces al pensionado de Egeborg, y Puck se fue con su padre a Copenhague, donde se alojaron en el

Palace Hotel.

Después de un agradable día de paseos por la ciudad, cenaron en el pabellón de la Torre, después de haber visitado el Tívoli. De vez en cuando, Puck sentía encogerse el corazón, ya que al día siguiente su padre tomaría el avión y no regresaría hasta cuatro o cinco meses después, por Navidad. Casi una eternidad, pensaba Puck, pero se consolaba con el recuerdo de los bellos días pasados ahora juntos en Dinamarca.

—Dime, Bente, ¿estás contenta de nuestras vacaciones?

—Oh, sí, han sido maravillosas — suspiró Puck —. Sólo que demasiado cortas...

Su padre le acarició el cabello:

—Tengo la misma impresión, hijita... Pero en la vida existen deberes...

Se calló y permaneció inmerso en sus pensamientos. Sí, era cierto, había deberes, y él tenía que regresar a Chile, separándose de su única hija. La empresa por la cual trabajaba le había puesto en un lugar de confianza y su salario correspondía a tal responsabilidad, lo que era un importante detalle, ya que él quería por encima de todo que Bente, que carecía de madre, tuviera al menos una situación confortable.

Puck interrumpió bruscamente sus reflexiones:

—Mira, papá...

—¿Qué?

—Alboroto y Cavador... Mira, allá abajo...

—Sí, son ellos — dijo el ingeniero —. ¡Trata de alcanzarlos, Bente!

Puck saltó de su asiento y echó a correr tras los dos muchachos, que habían alcanzado la explanada. Cuando estuvo cerca gritó:

—¡Archibandidos!

Como si hubieran recibido una orden, ellos se volvieron, y Puck exclamó riendo:

—Os habéis dado por aludidos, ¿eh?

Alboroto inclinó la cabeza amablemente:

—Cuando alguien dice «archibandidos» es que alude a los señores Cavador y Alboroto. Hola, Puck... ¡Bienvenida!

—Hola a los dos. ¿Lo habéis pasado bien en Inglaterra?

—Inglaterra estaba encantada de tenernos allí —declaró

Cavador—. Y tampoco nosotros tenemos motivo alguno de queja, la verdad.

—¿Cuándo habéis llegado?

—Ayer, en el paquebote «El Inglés». Nos alojamos en casa de una tía de Alboroto, y te garantizo que es de lo más aburrido.

—¿Regresaréis mañana al pensionado?

—Sí, lo preferimos...

—Yo también. Mañana despediré a mi padre en el aeropuerto de Kastrup y luego me iré a Egeborg.

—¡Perfecto! Así podremos molestarnos mutuamente durante el viaje.

Puck les interrumpió riendo:

—¡Según las reglas establecidas! Venid a saludar a papá.

Poco después los dos muchachos cenaban en la mesa del señor Winther. Durante la comida hubo, naturalmente, intercambio de impresiones sobre las vacaciones. El ingeniero condujo luego a sus invitados a la feria que tenía lugar en las cercanías. Los tres compañeros pasaron una velada muy divertida, con muchas vueltas a los autochoques y montañas rusas.

Al día siguiente, Puck se dirigió con su padre al aeropuerto de Kastrup. Llegaron antes de la hora fijada para el despegue y pudieron sentarse un rato en el bar. A Puck le encantaban las fresas, pero en aquellos momentos apenas podía comer las que les sirvió el camarero.

El enorme altavoz no cesaba de anunciar llegadas y salidas. Se oía también el ruido de los motores de aparatos que acababan de aterrizar y de otros que iban a partir.

Sonaban nombre tales como Estocolmo, Amsterdam, Londres, Ginebra, París, Madrid, Lisboa..., primero en danés y luego en inglés. Y la voz de la locutora comenzaba siempre por estas palabras:

—*Atención por favor...*

El padre y la hija intercambiaron muchos tiernos adioses, al cabo de los cuales el padre tuvo que abandonar el lugar, juntamente con los demás pasajeros. Puck se precipitó a la terraza:

—¡Buen viaje, papá! —gritó—. ¡Ya me alegro pensando en las Navidades!

—Yo también, hijita... ¡Hasta pronto!

Las personas presentes miraron a Puck con una sonrisa comprensiva, y una dama de cierta edad le preguntó amablemente:

—¿Tu padre no volverá hasta Navidad?

—No, señora —respondió Puck, que sintió un nudo en la garganta—. Se va a Chile...

La dama le acarició suavemente un brazo.

—Mi hijo toma el mismo avión, amiguita... Tiene un contrato de cinco años para el Uruguay... y es mi único hijo.

—Ah... —exclamó Puck, emocionada.

Su padre fue el último pasajero en abordar el avión y desde lo alto de la escalerilla le hizo un último signo de adiós. Después desapareció en el interior del aparato; se cerró la puerta, la escalerilla fue retirada, y el gran aparato empezó a rodar lentamente por el asfalto que conducía a la pista de despegue.

Puck lo siguió con la mirada. Después de haberse detenido un instante, adquirió velocidad y se separó del suelo... En pocos minutos se convirtió en un puntito en el horizonte...

* * *

En Copenhague, el vestíbulo de la estación central era un hormiguero humano. En todas partes había bullicio y animación. Puck había consignado sus maletas y se dispuso a esperar la llegada de Alboroto y Cavador. Pero apenas falaban ya cinco minutos para la partida y aún no había la menor huella de ellos.

Ah, los muy bandidos... Sólo cuatro minutos..., tres... dos...

En aquel instante irrumpieron en el vestíbulo con tanto ímpetu que Alboroto estuvo en un tris de derribar a Puck. Gritó:

—Hola, bebé... Llegamos con retraso... Vamos, ven...

Los tres compañeros subieron al mismo vagón y encontraron un compartimiento casi vacío. En un rincón, cerca de una ventana, había una chiquilla morena, de pelo rizado y malhumorado aspecto.

—Perdónanos por entrar tan bruscamente — dijo amablemente Alboroto —. Mi tía tiene la culpa.

La muchachita le miró desdeñosamente y no dijo nada.

Alboroto tiró su maleta a la red e hizo un nuevo intento:

—Buenas a todo el mundo...

—¡Cállate de una vez! —gritó la chiquilla morena encolerizada—. Déjame en paz.

—Oh — exclamó Alboroto, asombrado —. No molestemos a la

princesa, que ella nos moleste a nosotros.

—¡Idiota! —murmuró la viajera, que a continuación se abismó en la lectura de una revista de cine que tenía en la mano.

El tren se puso en marcha lentamente.

Alboroto se volvió hacia Puck y le dijo con galantería:

—Cavador y yo te dejamos el segundo sitio junto a la ventana, así podrás disfrutar de mejor vista... ¡contemplando a una damita muy amable!

—Gracias, Alboroto — respondió Puck, sonriente, y se sentó frente a la otra jovencita—. Pero espero que vosotros dos permanezcáis también en este compartimiento...

Alboroto miró de reojo a la desconocida y respondió con una sonrisa:

—Sí, bebé... Siempre y cuando nuestra joven pasajera se digne respirar el mismo aire que nosotros...

La muchachita hundió el rostro en la revista y preguntó en tono despreciativo:

—¿Eres siempre tan estúpido?

—Eso depende de la compañía que tengo — respondió Alboroto —. Cerca de ti no ha de valer mucho la pena hacer alardes de ingenio...

—Deja tranquila a esa boba — recomendó Cavador, sin bajar la voz.

—¡Sentaos de una vez! —dijo Puck severamente, a pesar de que le costaba gran esfuerzo permanecer serio—. Y explicadme cosas de vuestra estancia en Inglaterra.

Los dos muchachos iniciaron un largo relato, hablando los dos a un tiempo. Sí, Londres había constituido para ambos una magnífica experiencia, y las amistades del director les



habían mostrado todo lo que valía la pena ser visto: la Torre..., la National Gallery..., los parques..., el Caledonian Market, donde, según Alboroto afirmaba, podía comprarse cualquier cosa, desde agujas de coser hasta locomotoras...; el barrio chino, donde no había hallado ni un solo chino vestido de chino..., la catedral de San Pablo, Westminster Abbey..., etc., etc. Y el Parlamento, desde luego...

—¿Saludasteis al Primer Ministro? — preguntó Puck sonriendo.

—No tuvimos tiempo —respondió Alboroto—. ¡Había tanto por ver! Desde el castillo de Windsor pudimos incluso echar una ojeada al célebre Eton.

Y añadió riendo:

—Más tarde obtuvimos permiso para entrar en el patio de ese famoso colegio y puedo asegurarte que es un poquito *más* importante que Egeborg.

Al escuchar aquellas palabras, la jovencita desconocida apartó los ojos de la revista para mirar a Alboroto, de reojo. Por un momento, pareció dispuesta a decir algo, pero se retuvo y continuó su lectura.

Los chicos seguían charlando, pero Puck sólo les escuchaba a medias. Furtivamente, miraba a la muchachita desconocida, que le parecía bastante interesante. Con una cabeza de finos trazos, y los rizos oscuros, era verdaderamente bonita, aunque su aire malhumorado estropeaba un poco el efecto.

Vestía con elegancia, y sus miembros esbeltos y nerviosos revelaban una gran ligereza. «Debe de practicar gimnasia», pensó

Puck de pronto. Repentinamente la chiquilla dejó caer la revista sobre sus rodillas y se volvió hacia Alboroto:

—¿No podrías cerrar la boca por unos minutos? ¡Se diría por vuestras fanfarronadas que acabáis de dar la vuelta al mundo!

—¿Acaso la has dado tú? —preguntó Alboroto, un poco molesto.

—¡Claro!

—¿De veras? ¿Has estado en Malmoe y en Helsinborg?

—Sí... Y en el Cairo, en París, Roma, Buenos Aires, Sydney, Nueva York, San Francisco, Río de Janeiro, Calcuta... ¿Queréis saber más?

Alboroto se había quedado con la boca abierta. Al fin dijo:

—No, gracias... Basta con eso. Pero ¿no será simplemente una broma, amiguita?

La muchachita se encogió de hombros con indiferencia.

—Pensad lo que queráis, pero permaneced callados a fin de que yo pueda leer.

—¿Acaso has reservado para tí sola el departamento?

—No... Pero he llegado primero... ¡y estoy a punto de enloquecer con vuestro parloteo!

Cavador se levantó suspirando...

—Querido Alboroto, ¿no te parece que será mejor que salgamos a respirar aire fresco al pasillo? De lo contrario esta «vedette» nos hará perder la cabeza.

—¡De acuerdo!

Los dos amigos salieron del departamento. La muchachita los siguió con mirada burlona...

Puck contempló el lindo paisaje por largo rato, pero no estaba allí su atención. Deseaba entablar conversación con la malhumorada desconocida, pero ni sabía cómo empezar. Acabó por darse ánimos y decir:

—Ejem... ¿Por qué eres tan... poco simpática?

La muchachita miró a Puck por encima de su revista. No parecía dispuesta a responder, pero al cabo dijo conciliante:

—¿Tienes padre y madre?

Puck bajó la cabeza y dijo con voz débil:

—Mi madre murió hace cuatro años... y mi padre trabaja como ingeniero en Chile. Acabo de despedirme de él en el aeropuerto...

—¡Vaya! — se limitó a exclamar la joven desconocida.

Por unos instantes pareció estar debatiéndose consigo misma. Después dijo:

—Pues estamos casi en el mismo caso... ¡Cómo te llamas?

—Bente Winther.

—Yo me llamo Lilian Larsen. ¿Has oído alguna vez hablar de la compañía Latour?

Puck asintió con la cabeza.

—Desde luego... Son acróbatas de reputación mundial... Y de origen danés, ¿no es así?

—Sí, ¡lo más danés del mundo! —respondió la chiquilla—. Jean Latour es mi padre, que en realidad se llama Jean Larsen...; pero cambió de nombre porque el suyo no resulta adecuado para el gran mundo. Yo formo parte de la compañía desde la edad de tres años. Pero ahora...

Se calló por unos momentos y luego prosiguió en el más duro de los tonos:

—...Ahora soy demasiado alta y pesada...

—¿Demasiado alta y pesada? —exclamó Puck contemplando la frágil silueta de la jovencita—. No comprendo.

Lilian rió por primera vez.

—No te sorprendas... Durante años los miembros de la compañía jugaron conmigo a la pelota... ¡La de kilómetros que habré hecho dando vueltas por el aire! Pero ahora prefieren actuar con mi hermanita pequeña...

Puck la interrumpió:

—¿Tu compañía formaba parte, hará unos cinco años, del Schumann en Copenhague?

—¡Sí!

—Asistí a una representación con mis padres... y estuve a punto de desmayarme de susto cuando vi cómo lanzaban por los aires a una niñita de mi edad...

—¡Era yo!

—Ah, vaya... —Puck estuvo a punto de quedarse sin respiración—. ¿Y ahora... ya no formas parte de la compañía?

—Ya no puedo serles útil. Papá ha decidido hacerme proseguir mis estudios en Dinamarca...

—¿En el pensionado de Egeborg? —preguntó Puck.

Lilian la miró con asombro:

—¿Cómo lo sabes?

—Me he dado cuenta de que te sobresaltabas cuando Hugo ha mencionado el nombre del colegio...

—¡Exacto! —respondió Lilian riendo—. ¡Eres muy observadora!

—¿Dónde se halla actualmente la compañía? —preguntó Puck.

—En Zurich. Y luego iré a Marsella, después de allí a los Estados Unidos... y a América del Sur... Por lo tanto, yo también estaré sin padres durante tiempo y más tiempo...

Su voz volvió a endurecerse.

—Claro que puedo hacer que me expulsen de Egeborg...

—¿Expulsarte? ¿Por qué? ¡No hay en todo el país un pensionado tan maravilloso como Egeborg..., con un director y unos profesores estupendos!

—¡Lo mismo me da! Yo quiero que me expulsen..., y también de cualquier otro colegio donde quieran internarme. Así papá renunciará a sus proyectos y me permitirá permanecer en la *compañía*.

Puck permaneció unos instantes en silencio. Después dijo con dulzura:

—Lilian, si tu padre quiere ponerte interna en un colegio, puedes creer que es por tu bien.

—¡Cuentos! —interrumpió bruscamente la jovencita—. Mamá hubiera podido seguir dándome clases... Sé un poco de todo y hablo casi a la perfección cinco o seis idiomas. ¡Es lo más importante para una artista... y *yo quiero ser artista!*

—Cuando lleves un tiempo en Egeborg, probablemente cambiarás de idea, Lilian.,

—No...

—Claro que sí. ¡Llevamos una vida maravillosa allí!

—¿En compañía de esos dos bobalicones que han salido al pasillo?

Puck rió de buena gana.

—¿Alboroto y Cavador? Son los mejores chicos del mundo... y puedo asegurarte que Alboroto, en especial, es tan listo como pueda serlo un artista de profesión.



—¡Bah, no lo creo! Y ¿por qué se llama Alboroto? Es un nombre estúpido...

—Su verdadero nombre es Hugo Svendsen —respondió Puck, con una sonrisa—. Pero en el pensionado le llamamos Alboroto porque es un auténtico terremoto.

—¿Y al otro le llamáis Cavador?

—¡Sí, debido a que es el rey de los perezosos..., a menos que se trate de gastarle una broma a alguien! Son dos estupendos chicos, te lo aseguro.

Lilian miró por la ventanilla y exclamó:

—¡Qué feo es este paisaje de Seeland! Sin montañas, sin colorido, nada,..

—Tiene su encanto —respondió Puck dulcemente.

—Bah...

Durante un minuto reinó el silencio más completo en el compartimiento. Después Lilian se volvió hacia Puck y dijo un tanto tímidamente:

—Bente..., tú me agradas mucho... Quizás porque estamos casi en las mismas circunstancias en estos momentos. Pero no por eso voy a quedarme en el pensionado de Egeborg. Antes de un mes habré conseguido que me expulsen, ya lo verás.

—Ya lo veremos, Lilian...

En aquel momento Alboroto y Cavador regresaron al compartimiento, teniendo cada uno un trozo de chocolate en la mano. Se quedaron tiesos de asombro al ver cómo las dos muchachitas conversaban animadamente. Y Alboroto dijo con voz alegre:

—Ah, ah... ¡Ya empezamos a anudar amistades! Bravo, chicas... Mirad lo que hemos comprado para vosotras en la última estación... ¡Una tableta de chocolate para cada una! Comed, hijitas...

Puck aceptó alegremente el chocolate, pero Lilian hizo un gesto

de rechazo:

—Yo no como chocolate.

—¿Por qué? —preguntó Alboroto, estupefacto—. ¿No te gusta?

—Sí... Pero los artistas debemos guardar la línea...

—¿Los artistas?

La muchachita se estremeció. Acababa de recordar que «ya» no era ninguna artista, sino alumna de un pensionado, Alargó la mano y dijo:

—Gracias. La comeré de todos modos.

Y volvió a esconderse tras la revista.

Alboroto se colocó el índice en la sien, con un gesto muy expresivo. Murmuró en voz baja a Cavador:

—Está completamente loca.

Cavador opinó:

—Ésta es también mi opinión, querido amigo... Esperemos que se baje en la próxima estación y nos deje tranquilos de una vez por todas.



La mayor parte de los alumnos habían regresado ya de sus vacaciones, y los últimos lo hicieron en el curso de la tarde siguiente.

Uno tras otro, los nuevos alumnos fueron recibidos por el director en su despacho. Se sentían intimidados y al mismo tiempo impacientes por conocer el ambiente diferente al que iban a entrar. Todos, menos Lilian. El director la acogió con una sonrisa.

—Bienvenida a Egeborg, pequeña Latour...

—¡Larsen! —rectificó ella, cortante.

El señor Frank la miró con asombro. Después, repuesto de su sorpresa, continuó alegremente:

—Sí, claro... Larsen es tu nombre legal... Pero Latour es tu nombre artístico.

—¡Yo ya no soy artista!

—Hum... Naturalmente...

—¡Pero volveré a serlo! Téngalo por seguro...

El director, que llevaba muchos años tratando alumnos comprendió inmediatamente la situación y su voz siguió siendo amable al añadir:

—Siéntate, Lilian. Charlaremos un poco...

—Gracias, prefiero permanecer en pie.

El director se sentó con un leve suspiro. En aquel momento entró en el despacho la señora Frank, que a su vez deseó la bienvenida a Lilian.

—Gracias —contestó la muchachita en tono hosco.

La esposa del director comprendió también en el acto que se trataba de una alumna difícil e intercambió una rápida mirada con su marido... Pero pensó que tanto éste como los demás profesores del pensionado sabrían cómo solucionar aquel asunto. Y, tras una ligera inclinación de cabeza, volvió a salir.

El director permaneció callado, mirando con aire soñador el plano de las habitaciones de las alumnas. ¿Dónde colocar a Lilian? Era de capital importancia conseguirle de momento compañeras que supieran adoptar para con ella de momento una actitud indulgente. Muchachitas razonables como Bente e Inger convendrían para él caso..., mas sería una lástima separar a las amigas del «Trébol de Cuatro Hojas». En el cuarto vecino desde que Joan se había ido... había una plaza disponible, con Annelise, Lone y Else... ¡Una solución posible, a pesar de que a veces Annelise se mostrara tan caprichosa! Levantó la cabeza.

—Compatirás la habitación con tres alumnas llamadas Annelise, Lone y Else... Son muy amables.

—¡Vaya!

—...Y seguramente seréis buenas amigas.

—¡Eso me da lo mismo! No voy a permanecer aquí mucho tiempo.

—Tu padre te ha inscrito por un año y ha pagado por

adelantado todo este tiempo.

—Pagar o no es asunto de papá... Pero yo quiero ser artista, y me iré a Marsella o a América del Sur.

La situación era grave, pero el director no pudo evitar una sonrisa. Se contentó con decir, sin embargo:

—Bien, bien... Esperemos un poco antes de tomar decisiones..., Lilian. Quizá las cosas aquí te vayan mejor de lo que piensas. Por el momento te presentaré a tus compañeras de habitación.

—¿No podría estar con Bente Winther?

El director la miró con asombro y repitió:

—¿Bente Winther? ¿La conoces?

—La he visto en el tren.

—Hum... Es difícil arreglar eso, Lilian... Pero te encontrarás bien con las otras...

—¡No!

—Bien, veremos.

Las muchachitas del «Trébol de Cuatro Hojas» se sintieron encantadas de volverse a ver. Y si bien Inger, que había pasado unas tranquilas vacaciones junto a sus padres en Asserbo, no podía contar gran cosa, no sucedía lo mismo con las tres amiguitas restantes. ¡Resultaba difícil detener el chorro impetuoso de explicaciones que salía de boca de Navio!

—Sí, Inger... Créeme. ¡Hemos tenido unas vacaciones formidables! En el más lindo barco del mundo. ¡Y Puck es su propietaria! Hemos dado la vuelta al país...

Entonces, como un vendaval, Annelise irrumpió en el cuarto:

—Hola, chicas... ¡Oh, qué morenas estáis! Lone y yo, como podéis ver, no lo estamos, ya que hemos viajado siempre en coche... Y me he comprado unos «simpatiquísimos» vestidos en París... zapatos y unos chais más «simpatiquísimos» todavía...

Puck la interrumpió riendo:

—¿Has ido de tienda en tienda por toda Europa, Annelise?

—Hay que aprovechar cuando papá abre su cartera... Además nos hemos divertido muchísimo, sobre todo cuando Lone estuvo a punto de ser comida por un tiburón en el Mediterráneo.

—¡Oh, qué horrible! — exclamó Puck, conmovida.

Pero Annelise prosiguió, impasible:

—Quizás se tratara de una ballena, después de todo... En

Palermo comimos ostras, pero no estaban vivas...

Sin pausa pasó a otro asunto:

—¿Y lo que nos hemos hallado aquí como sorpresa? El director ha ido a nuestro cuarto con una chica de rizados oscuros que ocupará el lugar de Joan... ¡No ha dicho ni pío, parece muda!

Las muchachitas, ya habituadas a los saltos de tema de Annelise, permanecieron impávidas y Puck respondió con calma:

—Es Lilian Latour, miembro de una compañía de acróbatas famosos en todo el mundo. La he conocido en el tren.

—¿Acróbata? —exclamó Annelise, entusiasmada—. ¡Esto es formidable! Le permitiré domar a Hoppy, que me tiró dos veces de la silla ayer tarde. Pero tú también podrás montarlo, Puck, claro está...

—No, gracias...

—Tienes razón, tampoco yo tengo deseos de ser de nuevo despedida por los aires. Por lo tanto, se lo cederemos a la acróbata. ¿Qué haremos esta tarde?

—Iremos a Oesterby — respondió Inger —. Alboroto ha prometido ofrecernos helados en la pastelería de Bose. !

—¿Se ha vuelto millonario?

—No, pero su tía le ha regalado un billete y como no contaba con eso...

—¿Lone vendrá también?

—Claro...

—Pero supongo que no llevaremos a remolque a esa joven acróbata, ¿verdad? Una vez leí que un acróbata había subido a lo alto de un campanario... y otro había pasado por una cuerda floja colocada en las cataratas del Niágara. ¡Quién sabe de qué son capaces esas gentes! ¿Es sonámbula, Puck?

—Lo ignora Annelise — respondió Puck, divertida —. Deja de preocuparte antes de tiempo.

En aquel instante Lilian pasó sin dignarse dirigir una sola mirada al grupito; con paso rápido se encaminó hacia la gran verja. Durante un minuto, Puck permaneció en silencio, pero luego le asaltó una idea y salió corriendo.

—¿Dónde vas? —le gritó Annelise.

Y Puck respondió:

—Esperadme, vuelvo en seguida.

Lilian había llegado a los invernaderos cuando Puck la alcanzó:

—Hola, Lilian, ¿a dónde vas?

—Me voy a casa...

—¿Cómo? —Puck se quedó sin habla por un rato—. ¿Dónde?

—A Copenhague.

Puck la tomó de un brazo.

—Oye, Lilian, no seas boba...

—Déjame — gritó Lilian entre dientes —. No quiero permanecer ni una hora en este colegio.

—¿Por qué, Lilian?

—Porque no puedo soportar a nadie... Y menos que a nadie a esa rubia con quien debo compartir la habitación...

—¿Annelise?

—Sí. Ha dicho que estoy loca. Pero pienso que es ella quien lo está... ¡Es tan boba y tan bonita como una muñeca!

Puck se rió de la descripción de Annelise, que no dejaba de tener sentido. *¡Era*, en efecto, una bonita muchachita, pero se requería conocerla a fondo para saber que *no era* boba en modo alguno! Sólo muy impulsiva y tal vez demasiado mimada...

—¡Ven! — exclamó, tirando a Lilian del brazo —. Demos un paseo juntas. Quisiera hablarte.

—¿De qué?

—Te lo diré por el camino... Vamos...

Un poco a regañadientes, Lilian la siguió, y Puck la condujo por el senderillo que llevaba a la casa del guardabosques Bang.

—¿Por qué tomamos este camino? —preguntó Lilian—. No conduce a la estación.

—No — respondió Puck dulcemente —. Quiero pasear contigo sólo para mostrarte lo hermoso que es este lugar.

—¡No me interesa!

—Escucha, Lilian. Yo también me sentía muy desdichada cuando llegué aquí... y en cambio ahora creo que soy una de las chicas más felices del mundo, aunque mi padre no regrese hasta Navidad. ¿Quieres que te lo cuente?

—No.

Puck suspiró, desolada, y ambas caminaron en silencio.

Después Lilian dijo:

—Sí, Bente... Cuéntamelo... ¿No eras feliz al llegar aquí?

—No, Lilian. Me sentía tan desgraciada que lloraba todas las noches. No tenía a mi padre, que estaba en Chile, y todo era aquí nuevo para mí... Pero fui adaptándome poco a poco a la vida del pensionado.

—¿Cómo?

—Pues, es difícil explicarlo con palabras... Todo el mundo era tan amable..., el director, los profesores, los compañeros... Y además descubrí lo maravillosa que es la naturaleza. Me paseé mucho por los bosques y a lo largo del pantano... Disfruté de flores y pájaros... ¡No puedes imaginarte hasta qué punto es emocionante el contacto directo con la naturaleza!



Caminaron en silencio un rato, después del cual Puck continuó:

— ¿Y sabes qué aprendí también?

— No...

— Aprendí a imitar el canto de los pájaros. Escucha...

Puck empezó a emitir sonidos distintos, imitando el canto del ruiseñor.

Escuchándola, Lilian sonrió levemente y al cabo dijo:

— También yo sé hacer algunas cosas, Bente. Atiende.

Como empujada por un resorte, Lilian se agarró a la rama alta de un árbol y saltó a la siguiente, y a otra y a otra, mientras Puck gritaba asustada:

— Cuidado, Lilian, te lastimarás...

Pero la pequeña acróbata prosiguió sus peligrosos ejercicios, mientras las hojas de los árboles caían sobre la cabeza de Puck, casi paralizada de terror.

— ¿Tienes miedo, Bente? —preguntó Lilian, de nuevo en el suelo.

Puck iba a responder cuando una voz sonó a sus espaldas.

— También yo he pasado miedo. ¡No podía ni decir «mus»!

— Ah, buenos días, señor Bang — respondió Puck, tranquilizada.

— Buenos días, Puck — contestó el guardabosques —. ¿Me has traído otro «diablillo» de los bosques? ¿Quién es?

— Una nueva alumna de Egeborg. Se llama Lilian y pertenece a una célebre compañía de acróbatas.

—No me extraña en absoluto —replicó Bang—. Saltaba de una rama a otra como un mono... Así que vas a vivir en el pensionado, ¿eh, jovencita?

— No.

La respuesta de Lilian fue tan seca y tajante que el guardabosques abrió unos ojos como platos. Después dijo asombrado:

— Creí que Puck había dicho...

— ¿Quién es Puck?

— Yo —repuso ésta—. Es un apodo que me dan en la escuela...

— ¿Puck? El diablillo de los bosques del «Sueño de una noche de verano», de Shakespeare?

— Sí —dijo Puck—. ¡Cuánto sabes, Lilian!

— Bah, — refunfuñó ésta desdeñosa —. En nuestros viajes por el mundo, llevamos siempre con nosotros las obras completas de Shakespeare. Y mamá leía fragmentos... Aunque a veces resultaba demasiado «serio» para mí...

— ¿Queréis probar las uvas grosellas de mi jardín, amiguitas? — preguntó Bang.

— Sí, con mucho gusto, gracias, señor —respondió Puck con una amable reverencia.

— Servios, pues. Yo voy a dar una vuelta por el bosque.

Cuando, un poco más tarde, las dos chiquillas estuvieron entre las opulentas vides del jardín de Bang, Puck dijo riendo:

— ¡No vayas a realizar ejercicios de acrobacia aquí, Lilian!

— ¿Por qué dices esas bobadas? —exclamó Lilian—. Hablas de cualquier cosa con tal de distraerme, lo sé... Es muy gentil de tu parte..., Puck.

Por un instante, las miradas de las dos chiquillas se cruzaron, y al cabo Lilian se rio.

Pero su buen humor fue pasajero. Poco después declaró:

— No quiero más uvas. ¿Nos vamos?

— Si tú quieres...

Tomaron el sendero sinuoso que conducía al pantano.

Lilian apenas hablaba, pero Puck no cerraba la boca. Contó todas las cosas agradables que le habían sucedido el curso precedente..., las impresiones de belleza experimentadas en sus contactos con la naturaleza, los palpitantes acontecimientos, las encantadoras fiestas escolares, las de la Gran Granja, las de pastelería de Bose..., y tantas y tantas otras...



A veces miraba de reojo a su compañera, que parecía escucharla sólo a medias. Finalmente llegaron a las antiguas ruinas.

—¿Qué es eso? —preguntó Lilian.

—Los restos de un viejo castillo, monumento histórico de primera categoría —explicó Puck—. ¡Si supieras la de cosas que nos han sucedido aquí!... La última fue cuando filmamos...

—¿Filmasteis...?

—Sí, una empresa cinematográfica vino a filmar a estos lugares y por casualidad una buena parte de nosotros trabajamos como figurantes. ¡Fue apasionante!

—¿Tú también?

— Sí...

— ¿Cómo figurante?

Puck titubeó un poco.

— Bueno..., a decir verdad, dicen que el mío fue un auténtico papel... ¡Y pronto veremos el film!

Las dos chiquillas habían alcanzado el punto culminante de las ruinas, y Puck dijo:

— Disfrutaremos sentadas del panorama. ¿No te parecen bellos

el lago y la isla del Caballero Volmer?

— Sí...

— ¿No te alegra la Naturaleza, Lilian?

— Apenas la conozco —respondió la muchachita no sin amargura—. Cuando se viaja de país en país, raramente se dispone de tiempo para pasearse por el campo. Hay que entrenarse y entrenarse... Luego la representación... y cae uno agotado en la cama.

— ¿Y es ésta la vida que añoras tan terriblemente?

— Sí. Quiero ser artista... Quizás hasta artista de cine. ¿Es divertido rodar un film?

— Bueno, divertido no es la palabra justa... Pero hubo tantas cosas más relacionadas con el rodaje... Por ejemplo, Alboroto fue arrestado por la policía y tuvimos que sacarle del calabozo...

— ¿Te gustaría ser artista de cine a ti?

— ¡No! —exclamó Puck—. En primer lugar, no tengo las dotes necesarias, y luego la vida de los artistas no es fácil, no creas.

— ¿Qué serás cuando seas mayor?

Puck se pasó los brazos por las rodillas, soñadora, y sonriendo confesó:

— Creo que preferiré casarme, y convertirme en una tierna esposa y madre... Pero es todavía pronto para pensar en ello... Además también me gustaría convertirme en un buen médico... Debe ser estupendo poder ayudar a los demás...

Echó sobre Lilian una furtiva mirada y la vio contemplando tristemente el lago Ege.

— ¿No te parece hermoso todo esto, Lilian? ¿Verdad que ya no quieres huir?

— Sí... Detesto esta escuela y detestaré todas las escuelas del mundo... Y a las personas que traten de impedir que me convierta en artista.

Se calló como si de pronto lamentara sus palabras. Y añadió, titubeante:

— Tú me gustas, Puck... Mucho. Como me gustaba Yvonne de Carmas...

— ¿Y dónde está ahora esa Yvonne?

— En el cementerio de Río de Janeiro — murmuró Lilian—. Era amazona... Una tarde, al saltar de un caballo a otro, cayó al suelo y

fue aplastada...

— ¡Qué espantoso! —murmuró Puck llena de compasión.

— Estuve llorando toda la noche... Pero en el circo no hay tiempo para las penas... Además los artistas están expuestos a esta clase de muertes. ¡Y esto es lo que lo hace tan palpitante!

Lilian contempló inmóvil el hermoso lago Ege. Una suave brisa agitaba la superficie del agua. El sol descendía ya por el horizonte, pero aún calentaba tibiamente las espaldas de las chiquillas, y se escuchaban miles de murmullos de pájaros.

— Puck...

— Dime...

— ¿Cuánto hace que estás en el pensionado?

— Un año, Lilian... Un año encantador. Y tú también pensarás así al acabar el curso.

— ¡Oh, cállate! Para dentro de un mes ya estaré al otro lado del mundo.

Puck le puso una mano en un brazo.

— ¿Quieres prometerme una cosa, Lilian?

— ¿Qué?

— No tratar de huir durante los primeros quince días

— ¡Bah, ya me habrán expulsado para entonces!

— Eso es cosa del director. Pero tú prométeme no huir en este tiempo.

— ¿Durante quince días?

— Sí.

Lilian dio la mano a Puck.

— De acuerdo, Puck, te lo prometo... porque me resultas muy simpática. Pero no será faltar a mi promesa si el director me expulsa.

— Bien — dijo Puck, encantada —. Dentro de quince días volveremos a hablar de eso y tal vez hayas cambiado de idea.

— No...

— Ya lo verás...



El día siguiente era domingo; los alumnos rezagados estaban llegando al pensionado... Sí, era forzoso reconocer que las vacaciones estaban definitivamente acabadas.

Las clases no empezarán hasta la mañana siguiente, pero, a petición de la señorita Holm, varias alumnas, entre ellas Puck y Annelise, se habían ofrecido como ayudantes para servir las mesas. Una a cada lado de la larga mesa, colocaban los platos.

De pronto, Annelise, dejando de trabajar, exclamó:

—Escucha Puck, esa chica está verdaderamente loca.

—¿Tú crees?

—Me ha dicho que domar a Hoppy será un juego de niños. Me encantará verlo esta tarde.

—¿Esta tarde?

—Sí. La he invitado a la Gran Granja para que pueda mostrarnos su talento. ¿Quieres ir tú también?

— Sí, gracias.

Puck iba a añadir algo más cuando la señorita Holm dijo:

— ¡Más platos, jovencitas!

Y ambas amigas salieron corriendo hacia la cocina. La señora Frank se afanaba allí junto a la cocinera Thora y dos ayudantes. Sonrió a las muchachitas y preguntó a Puck:

— ¿Llegaste ayer con Lilian, Bente?

— Sí...

La señora Frank acarició los cabellos de la chiquilla.

— Parece tener un carácter difícil, pero, te tiene mucha simpatía. Ayúdanos a hacerla sentirse bien aquí, ¿quieres?

—Haré lo que pueda.

— Gracias, Bente.

Aquella tarde, Annelise se llevó a las dos compañeras invitadas a su casa, pero cuando explicó a su padre sus proyectos, éste respondió, en tono que no admitía réplica:

— ¡De ninguna de las maneras, Annelise! Nadie puede montar a «Hoppy» antes de que Jensen lo haya domado.

— Sí, papá, pero Lilian sabe más que un vaquero. Me lo ha dicho.

— ¡Y es cierto! — dijo Lilian—. ¿Cuántos años tiene «Hoppy», dos?

—Sí — exclamó el señor Dreyer, un tanto sorprendido—. Dos años bien cumplidos..., pero nunca he visto un ;mimal tan indomable. ¿No es cierto, Annelise?

Su hija, que había sido despedida de la silla por dos veces, inclinó la cabeza y se encogió de hombros.

— «Hoppy» es muy duro de pelar, Lilian... Pero puesto que tú dices que eso no te preocupa...

— Claro que no — repuso Lilian —. He montado animales muchos peores que ése...

El señor Dreyer miró a la pequeña artista con cierta admiración y dijo:

— Bien, en tal caso... Pero no digáis que no os he advertido.

La pista a donde se dirigieron era la que el señor Dreyer había hecho construir para su hijita cuando ésta aprendía equitación, y estaba cubierta por una blanda capa de tierra a fin de que las eventuales caídas quedaran amortiguadas.

¡Pero Lilian no necesitó de ello, ya que no fue desmontada ni sola vez!

Ante el asombro de todos, la jovencita consiguió dominar a «Hoppy», a pesar de que el inquieto animal hizo todo lo que pudo para librarse de su amazona. El señor Dreyer miró a su administrador y dijo:

— Monta bien, ¿eh, Jensen?

Jensen, un antiguo jinete, inclinó la cabeza con gesto de aprobación.

— Jamás he visto nada igual en una niña de esta edad. Será una

gran amazona, si se dedica a ello.

Annelise y Puck estaban extraordinariamente impresionadas. Annelise aplaudió con ambas manos y gritó:

— Me encantará cabalgar al lado de ella, ya que tú, Puck, no dispones nunca de tiempo para acompañarme.

Puck sonrió:

— Es que tampoco me invitas tan a menudo como antes...

— ¡Bah! Somos lo bastante amigas como para que te invites tú misma...

Después de aquello, Jensen se llevó a «Hoppy», y Lilian se reunió con sus amigas. Durante su paseo a caballo, se había sentido del mejor humor, pero de nuevo su fisonomía se había vuelto malhumorada. Annelise le había dejado un traje de montar y ahora dijo:

— Voy a cambiarme.

— Puedes quedarte con el traje — repuso Annelise —. Tengo otros. Así podremos montar juntas...

— No.

— ¿No quieres montar conmigo?

— No.

— En tal caso, ¿por qué has aceptado venir hoy?

— Quería demostrarte tan sólo que no soy tan estúpida como pareces creer.

Luego dio media vuelta y se encaminó al interior de la casa para cambiar de vestido. Poco después se dirigió de regreso al pensionado sin una sola palabra de adiós para las otras dos chicas.

Annelise sacudió la cabeza:

— Está loca de atar, de veras..., Puck, reconócelo.

Puck no respondió. Había acabado por comprender el estado de ánimo en que se encontraba la pequeña hija de artistas.

¡Pobre Lilian...!

Aquella tarde, las cosas empeoraron en la habitación que Lilian compartía con Else, Annelise y Joan. Hasta entonces, Annelise había sido la dominadora en aquel recinto. Ciertamente el carácter de Annelise había cambiado mucho desde su llegada al pensionado, pero de vez en cuando la tendencia caprichosa de la hija única del rico propietario Dreyer surgía de nuevo. Else y Lone ya no daban

ninguna importancia a los cambios de humor de Annelise, pero no sucedió lo mismo con Lilian.

Annelise estaba enojada por el hecho de que Lilian hubiera rehusado su invitación y su traje de montar, y por la noche estalló la tormenta. Preguntó en tono provocante:

— ¿Por qué no has querido mi traje? ¿No era bastante elegante para ti?

— No necesito limosnas de nadie, y menos tuyas.

Lone se asustó, pero Else intervino con flema:

— ¡Basta de historias!

Pero Annelise no hizo el menor caso de la advertencia.

— Para decir tales bobadas hay que ser tonta de nacimiento.

— ¿Y tú, pues? —interrumpió Lilian, dispuesta a la batalla—. Seguramente me ganas en tontería.

— Eso ya lo veremos en clase. Los hijos de acróbatas son unos ignorantes.

— ¡Ahora verás! —gritó Lilian, saltando de su silla—. ¡Apartaos, apartaos!

Instintivamente las otras tres se apartaron un poco y pronto se quedaron boquiabiertas, ya que Lilian había empezado a girar como un peonza.

— Deja de hacer estupideces — gritó Annelise.

Y dio un paso hacia Lilian, pero chocó violentamente con uno de los pies de la pequeña acróbata, que en aquellos momentos, precisamente, se encontraba en el aire.

Aquello hizo perder el equilibrio a la artista, que cayó estrepitosamente, aunque sin hacerse daño.

— ¡Malvada! Lo has hecho adrede.

— ¿El qué? —preguntó Annelise.

— Me has empujado. ¿No comprendes que he podido romperme el cuello?

Annelise palideció un poco, aunque mantuvo su expresión desdenosa:

— No hagas pues esas bobadas en nuestra habitación. Además, has sido tú quien me ha dado un puntapié.

— ¡Embustera!



—¿Cómo dices? — rugió Annelise, a punto de perder del todo su dominio.

— He dicho embustera, embustera...

No tuvo tiempo de añadir más, ya que en aquel momento Annelise le soltó un formidable bofetón.

A partir de aquel momento, ni Else ni Lone pudieron darse cuenta de cómo se desarrollaban los acontecimientos. Todo sucedió con la rapidez del rayo. ¡Annelise dio varias vueltas por el aire y cayó pesadamente contra el suelo!

— Espero que ahora no volverás a insultarme — dijo Lilian, y salió tranquilamente del cuarto.

En aquel momento se abrió la puerta del «Trébol de Cuatro Hojas» y asomaba la cabeza de Puck. Al ver a Lilian preguntó:

—¿Qué ocurre, Lilian? ¿Qué es todo ese ruido?

— Pregúntaselo a esa embustera de Annelise...

— Pero, y tú, ¿dónde vas?

— A dar un paseo.

Puck la tomó del brazo.

— ¿Estás loca? No tenemos permiso para salir a pasear cuando ha sonado la campana para acostarse...

— ¡Me da lo mismo! Déjame...

Puck la dejó con un suspiro y Lilian se precipitó escaleras abajo. Inger, Navio y Karen salieron también al pasillo y Puck les dijo:

— Vayamos a preguntar a Annelise qué ha pasado.

Sentada en su cama, Annelise sollozaba suavemente cuando las demás entraron. Las muchachitas del «Trébol de Cuatro Hojas», con los ojos redondos de asombro, escucharon la explicación que Lone, Else y Annelise les hicieron, las tres a la vez.

Finalmente, Puck preguntó en tono grave:

— ¿Lo hiciste exprofeso, Annelise?

— ¡Ah, no hagas preguntas tontas, Puck! — murmuró Annelise

—. Ha sido esa loca que me ha dado un puntapié... ¿No es así, Lone?

— No lo he visto bien — repuso Lone tímidamente.

— Es que todo ha ocurrido con tanta rapidez... — apoyó Else—. Y ahora, ¿dónde está Lilian?

— Ha ido a dar un paseo — dijo Puck.

— ¿No se escapará?

— No, claro que no.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque hemos convenido ella y yo que durante quince días no tratará de escapar — respondió Puck —. Y estoy segura de que sabe cumplir sus promesas.

— ¡Cómo la defiendes! —gruñó Annelise—. No puedes conocerla tanto...

— Sí, Annelise, la conozco.

Inger miró su reloj y dijo:

—Será mejor que nos acostemos. Dentro de diez minutos la señorita Holm hará su ronda... Buenas noches.

— Buenas noches.

Puck y sus amigas desaparecieron, mientras las otras tres se preparaban para meterse en cama. Apenas acostadas, la «capitana de corredor», señorita Holm, se asomó por la puerta. Sus ojos recorrieron las cuatro camas y su voz exclamó:

— ¿Dónde está Lilian?

— Se ha ido a paseo — respondió Annelise, un poco vengativamente.

— ¿A paseo? —repitió la señorita Holm, muy sorprendida—. ¿Qué quiere decir eso?

La profesora iba a hacer más preguntas cuando llegó Lilian con paso tranquilo.

La señorita Holm le preguntó severamente:

— ¿No has leído el reglamento que te hemos dado?

— No.

— Pues léelo y sabrás que está totalmente prohibido salir de los cuartos cuando...

— Me da lo mismo...

La señorita Holm estuvo a punto de desmayarse. Respiró profundamente y al cabo consiguió decir:

— ¡Acuéstate ahora mismo! Ya se lo contaré mañana todo al director...

— ¡Estupendo!

— ¿Qué?

Lilian sacudió sus oscuros rizos.

— Digo que es estupendo que se lo cuente al director. Creí que me encontraba en un colegio y no en una guardería infantil, donde hay que acostarse a horas precisas.

— ¡Desnúdate y acuéstate! Dentro de diez minutos volveré, y las luces deberán estar apagadas y todo en silencio...

Cuando Lilian se hubo lavado los dientes, se metió en su cama, pero no apagó la luz. Else dijo:

— Apaga la luz, Lilian.

— ¿Por qué?

— Lo dice el reglamento.

— ¡Qué me importa a mí el reglamento!

Annelise y Lone no dijeron nada, pero Else prosiguió con sus intentos de persuasión.

— Lilian, deja de hablar de reglamento en ese tono. Creía que los artistas poseían un estricto sentido del deber, teniendo en cuenta que su vida peligrosa les exige... ejem... orden y precisión.

— Eso es cierto.

— Entonces apaga la luz.

— De acuerdo.

Una vez la lámpara apagada, Else suspiró con alivio. Era una muchachita razonable, a quien gustaba la calma y la tranquilidad.

Al día siguiente, Lilian fue llamada al despacho del director.

El señor Frank estaba calmado, sentado detrás de su mesa escritorio, y observó en silencio el lindo rostro malhumorado de la muchachita. Después declaró:

— La señorita Holm me ha dicho que ayer noche infringiste el reglamento y te comportaste mal.

Como Lilian se dispusiera a hablar, el director la detuvo con un gesto:

— Déjame concluir, hijita... Comprendo por tu comportamiento que lo que tú deseas es irte de esta escuela...

— ¡No quiero estar en esta escuela ni en ninguna otra! — interrumpió Lilian con voz dura—. Quiero ser artista...

— Sí, lo he comprendido, y no tengo el menor deseo de retenerte aquí a la fuerza. Según el reglamento debería castigarte a permanecer tres días en tu habitación por lo sucedido, pero seré indulgente puesto que todavía no ha comenzado el curso. ¿No podrías hacer un esfuerzo para adaptarte a este pensionado Lilian?

— ¡No!

— Hum... Esperemos un poco... Una semana o dos... Si luego persistes en tu actitud, telefonearé a tu padre en Zurich...



— ¡Telefonéele ahora mismo!

— No, no quiero hacer eso, Lilian... Si puede evitarse, no quiero apenar a tu padre. Esperaré antes de tomar una decisión... Podrás resistirlo, supongo.

— ¡No!

— Trata de todos modos —dijo el director con una amable sonrisa—. Y ahora puedes irte. La clase empezará dentro de diez minutos.

Había casi llegado a la puerta cuando la voz del director la detuvo:

— Oye, Lilian. Bente me ha dicho que sabes varios idiomas. ¿Es así?

— Sí — respondió ella, mientras su rostro apagado parecía alegrarse un tanto.

— ¿Cuales son?

— Alemán, inglés, francés, español... y un poco de italiano.

— ¡Magnífico, Lilian! — declaró el señor Frank con admiración

—. ¿Todos los hijos de artistas conocen tantas lenguas?

— Eso depende de lo que hayan viajado. Papá dice que los niños aprenden más fácilmente que los mayores... y hace diez años que yo viajo con la compañía por países extranjeros.

— ¿El danés es la lengua que menos has hablado?

— Creo que sí...

Rió por vez primera, y su rostro se embelleció más aún. El señor Frank dijo:

— Impresionarás a tus compañeros con tales conocimientos... Sí, incluso a los profesores. ¡Buena suerte, amiguita!

Lilian dudó un instante, después de lo cual respondió secamente:

— Gracias.

Y desapareció.

Lilian se encontró en clase por vez primera, en medio de sus compañeros. La asignatura explicada era la del señor Josiassen, es decir matemáticas. Pero, en aquel primer día del curso escolar, sobaban las razones para trabajar poco. La mayor parte de la hora transcurrió hablando de las vacaciones. Incluso el señor Josiassen tomó parte en los comentarios, contando que en Rurboel había puesto una pierna en territorio danés y la otra en territorio alemán.

— ¿No resultó peligroso —preguntó Alboroto.

— ¿Peligroso?

— Quiero decir que los alemanes pudieron enojarse por entrar ilegalmente en su país. ¿Se puede meter en la cárcel la mitad del cuerpo de un hombre?

Sus compañeros estallaron en risas. ¡No había duda de que Alboroto había vuelto en plena forma! Pero el señor Josiassen repuso:

— ¡Tonterías!

Alboroto comprendió que no conseguiría embromar al profesor fácilmente, por lo que se volvió hacia Cavadador con leve suspiro:

— Cavadador, ¿qué podríamos hacer para divertirnos un poco?

— ¡Lilian! — apuntó Cavadador —. Tal vez podríamos gustarle alguna broma...

— Claro que sí, amigo mío. Pero ¿qué?

— ¿Tienes aquí el cordel?

— Desde luego. ¡No lo dejo nunca!

— Dámelo entonces...

Alboroto sacó de su bolsillo ún pequeño rollo de cordel y lo tendió a su amigo, el cual empezó a realizar una serie de ejercicios preliminares. Se inclinaba ya hacia Lilian, sentada frente a él, cuando Alboroto le dio un codazo.

— Ten cuidado. Mira a Puck...

Cavador obedeció y se dio cuenta de que Puck le estaba amenazando con un dedo. ¡Con un suspiro de resignación, devolvió el cordel a Alboroto y el resto de la clase transcurrió en la más absoluta monotonía!

Apenas llegados los alumnos al jardín, Puck se llevó a los dos muchachos aparte. Tenía una expresión muy decidida al decirles:

— Os lo prevengo, Alboroto y Cavador: dejad en paz a Lilian.

— ¿Qué? —Alboroto no acababa de creer lo que oía—, ¿Por quiénes nos tomas?

— Os conozco bien. Si tratáis de molestar a Lilian de alguna manera, os haré la existencia insoportable, creedme.

Alboroto se volvió hacia su amigo, totalmente aturdido:

— ¿Has oído jamás algo igual, Cavador? ¡Vaya modo que tiene Puck de mostrar sus uñas!

Puck asintió:

— Sí, y si no queréis probarlas, permaneced tranquilos.



Terminadas las clases, Puck dio un corto paseo por el huerto. La señora Frank, que estaba allí con una sirvienta, la llamó:

— Eh, Bente... Ven a charlar un poco conmigo...

— Sí, señora...

Puck se acercó a la esposa del director, la cual ordenó a la sirvienta que fuera a llevar las hortalizas recogidas a la cocina. Después pasó un brazo por encima de los hombros de Puck y dijo amablemente:

— Demos un paseo, Bente. Hace tiempo que tú y yo no sostenemos ninguna conversación. ¿Has tenido buenas vacaciones?

— Maravillosas... Con papá, tío Anders, Navio y Karen...

La señora Frank inclinó la cabeza con aprobación.

— Estoy muy satisfecha de que Karen y tú enterrarais definitivamente el hacha de guerra... Hace casi un año de todo aquello, ¿no?

Puck sonrió y dijo:

— Señora, ya sé de qué quiere usted hablarme.

-¿Sí?

— De Lilian, ¿no es así?

— Eres un duende adivinando el pensamiento, Bente — respondió la señora sonriendo a su vez—. Sí, no hace falta andarse con preámbulos ¿Qué piensas de Lilian, Bente?

—Pues que sólo desea seguir su vida de artista... y nada más. Debe de tener eso que se llaman complejos.

— ¿Por qué piensas así?

— Se siente intimidada entre compañeros de su edad... Es como si en cierto modo se sintiera inferior y por eso tratara de hacer alardes. Anteayer, durante un paseo por el bosque, empezó sin más ni más a hacerme demostraciones de acrobacia. Ayer quiso impresionar a Annelise domando un caballo difícil de la Gran Granja, y esta noche...

Puck se calló de repente, lamentando haber hablado demasiado. La señora Frank le dio un golpecito amistoso.

— Sé lo que quieres decir, Bente. Lilian halla cierta satisfacción en hacerse notar, y como lo mejor que sabe hacer son los ejercicios acrobáticos...

— Sí —contestó Puck.

Caminaron un rato en silencio. Después la señora del director preguntó abiertamente:

— ¿Cómo podríamos ayudarla?

—No será fácil — respondió Puck —. Pero tengo una idea que quizás...

— Dímela, Bente.

— Sería conveniente que el profesor Strandvold permitiera a Lilian dar una representación en la sala de gimnasia delante de todos. Estoy persuadida de que eso complacería a Lilian en gran manera.

— ¡Yo también! — exclamó la señora, entusiasmada —. ¡Eres un as, Puck!

Puck sintió arrebolársele las mejillas. ¡Le gustaba mucho que la señora Frank la llamara Puck en lugar de Bente! Y eso sólo sucedía en las ocasiones solemnes.

— Convenceré a mi marido para que hable con el señor Strandvold —prosiguió la señora Frank—. Y tú se lo dirás a Lilian.

Puck tardó por lo menos un cuarto de hora en localizar a Lilian. Al fin la halló cerca del embarcadero sentada en un banco, lugar favorito de Alboroto y Cavador.

— Eh, Lilian — gritó Puck alegremente.

— Hola...

— ¿Disfrutas del paisaje?

— No...

— ¿Qué haces pues?

— Me estaba preguntando si la compañía Latour permanecería muchos días en Zurich.

— Ah... Yo quería ir a pasearme en barca hasta la isla del Caballero Volmer. ¿Quieres acompañarme?

— No, gracias...

— ¿Por qué?

— Prefiero... estar sola.

Puck removió la tierra con la punta de un pie. A continuación dijo:

— Oye, Lilian... Nuestro profesor de gimnasia, que se llama Strandvold..., arde de impaciencia por hacerte dar una representación de acrobacia delante de todos los alumnos. Tal vez mañana... Supongo que, si colocan todos los aparatos de gimnasia a tu disposición, podrás ofrecernos un espectáculo formidable, ¿no?

Sin siquiera mirarla, Puck notaba el creciente interés de Lilian.

— ¿Querrás hacerlo?

— Sí, naturalmente — respondió Lilian, sin tomarse la molestia de disimular su entusiasmo—. En caso de que los demás deseen

verme actuar...

— ¡Puedes tenerlo por seguro! Ven conmigo hasta la isla y hablaremos de ello...

— Sí, vamos.

Puck disimuló su sentimiento de triunfo. ¡Ahora había una pequeña esperanza de que Lilian quisiera quedarse en Egeborg!

Lentamente se encaminaron hacia la isla. Lilian mantenía el timón diestramente. Parecía poseer un don especial para todo lo que requería habilidad y ligereza... Una vez en la isla, Puck dijo riendo:

— Adentremos la barca cuanto podamos. El año pasado, el director tuvo que venir a buscarnos horas después en una barca a motor, ya que la nuestra se nos había ido a la deriva...

Puck miró a su alrededor y prosiguió:

— Puedo contarte también otra aventura en esta isla. ¿Quieres oírla?

— Bueno...

— Escucha, pues —comenzó Puck—. Esa hermosa propiedad que ves al este del lago se llama la Granja del Este. El año pasado, la propietaria perdió unas joyas muy valiosas, herencia de familia. Las había dejado ante una ventana abierta... Como que nos había invitado a una fiesta, todos los alumnos de Egeborg éramos más o menos sospechosos... Pero el asunto se resolvió de una manera inesperada. ¿Sabes quién era el ladrón?

— No...

Puck mostró la copa de un árbol.



— ¡Una urraca de las que viven aquí arriba! ¡Lo había cogido y escondido en su nido!

— Pero, ¿cómo se descubrió?

Puck titubeó un poco:

— Bien... Para empezar te diré que oí cómo la señora Frank

tocaba al piano una ópera de Rossini llamada «La urraca ladrona»... Y reflexionando en eso dimos con la solución...

Lilian parecía estar divirtiéndose mucho con aquellas aventuras contadas por Puck y acabó por reír abiertamente.

Puck exclamó:

— ¡Oh, qué bella risa tienes, Lilian! Deberías reírte más a menudo.

—No tengo razones para ello — dijo Lilian, de nuevo entristecida.

Al cabo de un rato, prosiguió:

— Nosotros, los artistas, nos reímos poco, pero en cambio sonreímos durante toda la representación, incluso si estamos de mal humor.

— Debe de ser difícil.

— Al principio resulta ridículo sonreír mecánicamente todo el tiempo, pero uno acaba por acostumbrarse y el público lo exige...

La isla del Caballero Volmer tenía apenas unos pocos metros de largo por otros tantos de ancho, pero abundaba en pájaros y plantas.

— ¡Qué bello es este lugar! —exclamó de pronto Lilian—. Eres muy amable al haberme traído aquí.

— ¡Estoy contenta de que te guste! — contestó Puck —. A mí me ha gustado siempre, e incluso creo que conozco a todos sus pájaros.

— Y ellos deben conocerte también, puesto que sabes hablarles.

Puck hizo entonces unas cuantas demostraciones de su talento parodiando el canto del mirlo.

— ¡Eres formidable, Puck! — exclamó Lilian —. Podrías presentarte en un circo con este número. Papá, sin duda, te contrataría.

Puck se sintió descorazonada al darse cuenta que de nuevo los pensamientos de Lilian volaban al circo.

— ¿No sería una buena idea que trabajaras en el circo conmigo, Puck?

Ésta titubeó un poco antes de responder:

— No, para mí no sería buena idea. Comprendo que tú, que has nacido y crecido en el ambiente del circo, lo consideres lo mejor para ti; pero conmigo es distinto. Me gustaría permanecer aún varios años en Egeborg..., pero con mi padre cerca. Aquí la vida es

maravillosa. Al principio me sentía sola... Fue terrible...

Puck miró de reojo a su amiguita. Continuó:

— Supongo que a muchos nos sucede al llegar a un pensionado por vez primera. Es preciso adaptarse, conocer a los compañeros, tratar de disfrutar de lo que nos rodea... ¿Te gusta esquiar?

— Sí, claro.

Puck prosiguió:

— Entonces sería formidable que pasaras el invierno en Egeborg. Haríamos maravillosas excursiones juntas... Y si eres buena en esquí, el director te permitiría usar el gran trampolín. Yo lo intenté una vez... aunque fue a la fuerza. Navio me empujó.

— ¿Y te hiciste daño?

— No — repuso Puck riendo —. Al contrario, conseguí derrotar a Alboroto.

Lilian aprobó con un gesto:

— Me parece que eres una gran deportista, Puck, y me gustaría concursar contigo... antes de irme.

— Oh, no... Sin duda me dejarías en ridículo.

— ¿Eres la mejor del colegio en deportes?

— Pues... tengo el récord femenino en saltos de altura y longitud..., pero la última vez me derrotaron en la carrera de los cien metros.

Las dos muchachitas recorrieron la isla de cabo a rabo y la belleza del lugar impresionó favorablemente a Lilian. Además las divertidas historias que Puck le contaba contribuyeron a levantarle la moral, de modo que la pequeña artista estuvo del mejor humor durante el camino de regreso.

Pero, al regreso de la isla, la guerra entre Lilian y Annelise se reanudó, no sólo durante la tarde sino también por la noche.



Else hizo varios esfuerzos para reconciliarlas, pero Lone permaneció neutral.

Puck, sin embargo, estaba convencida de que la excursión a la isla del Caballero Volmer y la idea de la representación acrobática había mejorado la disposición de ánimo de Lilian. No obstante, la disputa entre ésta y Annelise podía echarlo todo a rodar de nuevo.

¿Qué hacer?

Las habitantes del «Trébol de Cuatro Hojas» se reunieron para deliberar. El resultado fue que Lilian, Annelise, Lone y Else fueron invitadas a tomar el té, que Inger sirvió en el bonito juego de porcelana recibido como premio al final del curso pasado.

La pequeña reunión transcurrió casi en paz. Tanto Annelise como Lilian sentían cierto respeto por Puck, por lo que la tormenta no llegó a estallar. Ambas gruñían de vez en cuando, pero Inger o Puck intervenían instantáneamente para restablecer la paz. Puck acabó por comprender que las cosas no podían seguir de aquel modo. Sin duda la mejor solución sería cambiar a Lilian de habitación...

Alegre, Navio se volvió hacia Annelise y le dijo:

— ¿No te parece palpitante que Lilian dé una función mañana?

— Sí, sin duda. Sobre todo porque así no tendremos gimnasia.

Lilian comprendió en seguida la malicia del comentario.

Estuvo a punto de contestar, pero Puck intervino a tiempo:

— A mi también me parece palpitante. Vamos, chicas, comed pastelillos...

— Sí, gracias...

— Y más té...

— Gracias.

Por aquella vez se consiguió así atenuar el conflicto entre Annelise y Lilian. Pero cuando la señorita Holm entró en el «Trébol de Cuatro Hojas» para desearles buenas noches, las halló aún conversando en voz baja. ¡Estaban muy preocupadas con la hostilidad reinante en la habitación vecina!

Karen fue la última en dormirse, recordando el tiempo en que también ella tenía conflictos con sus compañeras y Puck consiguió resolverlo todo del mejor modo.

Sí, Puck era una amiga magnífica. Ahora trataba de conciliar la enemistad entre Annelise y Lilian, y sin duda lo conseguiría.



Reinaba gran impaciencia en la sala de gimnasia, donde Lilian debía dar su representación. Habían colocado allí sillas para el director y profesores, mientras los alumnos permanecían de pie.

Cuando el señor Strandvold preguntó a Lilian qué aparatos de gimnasia usaría, ella contestó:

—Creo que los emplearé todos.

— ¡Vaya! — exclamó el profesor —. ¿Y no te cansarás, amiguita?

— Una artista no se cansa nunca.

Por tanto, todos los aparatos de gimnasia fueron colocados en su sitio. Bajaron las cuerdas y colocaron en el suelo el gran colchón, y, según deseos de Lilian, el trapecio y el potro con aros fueron colocados en su máxima altura. Esto impresionó en gran manera a

Alboroto, que se volvió hacia su amigo con expresión inquieta:

— ¿Has visto algo semejante alguna vez, Cavador? Ni siquiera dos mocetones como tú y yo hemos colocado nunca el potro en el estribo superior... ¿Cómo podrá hacerlo esta diminuta acróbata?

— ¡Es puro delirio de grandeza! —respondió Cavador, sacudiendo la cabeza—. Por muy buena acróbata que sea, no puede tener acero en los tobillos esa chiquilla...

Los aplausos resonaron cuando Lilian, después de una corta presentación por parte del señor Stranvold, apareció en el umbral. Estaba encantadora con su crujiente vestido de frunces, muy corto, azul pastel. Según la costumbre de los artistas, saludó en todas direcciones y luego empezó una serie de ejercicios que estuvieron a punto de dejar a todo el mundo sin respiración.

Lilian efectuó en primer lugar ejercicios de ligereza en el colchón y luego saltos acrobáticos. Daba volteretas en el aire, asombrando cada vez más a los espectadores, cuyos aplausos agradecía con reverencias. Incluso lanzó besos con la punta de los dedos. Annelise se volvió hacia Else y le dijo, desdeñosamente:

— ¡Hum! Mírala... Debe de creerse que está en la pista de un circo...

— ¡Nunca había visto algo tan fantástico! —exclamó Else.

Ligera como un monito, Lilian trepó a la largo de una cuerda hasta el techo, donde realizó varios peligrosos ejercicios. Incluso el profesor de gimnasia suspiró aliviado cuando la chiquilla tuvo de nuevo los pies en el suelo, en medio de un alud de aplausos.

Luego se tiró del trapecio en vertical, primero con las dos manos, luego sólo con una, y terminó la representación con unos cuantos saltos fantásticos en el potro.

Alboroto exclamó lleno de admiración:

— ¡Me rindo ante ella incondicionalmente! Jamás vi nada igual...

— Desde luego —acordó Cavador—. Será mejor no competir nunca con ella.

Lilian hizo unas cuantas reverencias más, tiró los últimos besos y subió a su cuarto a cambiarse. Estaba ya vestida cuando Annelise y Else llegaron allí.

— ¡Oh, qué bonito espectáculo! —exclamó Else con admiración.

— ¿Te ha gustado? —preguntó Lilian con voz feliz.

— ¡Nunca pude sospechar que fueras tan buena artista! Por momentos estuve a punto de desmayarme.

Lilian se volvió hacia Annelise, dispuesta a la lucha.

— ¿Y tú qué piensas?

Annelise se encogió de hombros.

— No estuvo mal —respondió—. Pero cualquiera de nosotros podría hacer lo mismo si se entrenara convenientemente.

— ¡Estás equivocada! —interrumpió Lilian, cuyos ojos despedían rayos—. ¡Yo siempre lo haría mejor!

Annelise sonrió con desdén:

— Eso lo dices tú. ¿Que te parece si hacemos una prueba junto al lago Soender?

— ¿Qué clase de prueba?

— Ya te lo enseñaré cuando estemos allí. ¿Te atreves?

— Naturalmente... Pero no sé de qué se trata...

Annelise se volvió hacia Else.

— Nos vamos a dar un paseo en bicicleta hasta el lago Soender. ¿Quieres prestarle la tuya a Lilian?

— Sí, claro, pero...

—¡Gracias! —dijo Annelise—. Vamos, Lilian.

Poco después las dos muchachitas se hallaban en camino hacia el lago. Varios compañeros las interpellaron por el camino, pero Annelise se contentó con hacerles un signo con la mano, acompañado por una misteriosa sonrisa. Había llegado el momento de hacer bajar a Lilian de su pedestal.

El lago estaba a unos cinco minutos del pensionado, separado de la plantación por la carretera principal. Hacía ya, varios años que lo estaban desecando, de modo que se estaba convirtiendo en un enorme pantano, donde abundaban los pájaros. Una especie de senderillo lo atravesaba. Si uno se apartaba de este sendero, se corría un serio peligro, a causa del barro resbaladizo, por lo cual los alumnos de Egeborg tenían prohibido formalmente ir allí. Algunas veces, sin embargo, los muchachos, entre ellos Alboroto, desobedecían la prohibición.

Annelise, que había nacido y crecido en la Gran Granja, conocía el lago Soender mejor que nadie. A pesar de la prohibición de sus padres, solía pasearse por el lugar.

Al llegar al lago, las dos muchachitas bajaron de sus bicicletas y

Lilian preguntó:

— ¿De qué se trata? Vamos, dímelo ahora...

Annelise esbozó una sonrisa desdeñosa y tendió el dedo hacia los altos postes telegráficos que bordeaban la vía férrea.

— Haremos un concurso, si te atreves. En ciertos sitios, este lago desecado es tan profundo que puedes hundirte hasta las rodillas. Veremos quién consigue ir al otro lado sin mojarse.

— Es un concurso idiota — dijo Lilian.

— ¿Por qué?

— Porque la habilidad no tiene nada que ver con eso. Supongo que tú conoces este pantano, por lo que tienes más oportunidades de ganar que yo. Incluso puede resultar peligroso.

— ¿Peligroso? Bah... También lo era hacer acrobacias en el techo de la sala de gimnasia... Pero seguramente tienes miedo de competir conmigo.

— Claro que no —Lilian tiró a un lado la bicicleta—. ¿Que te apuestas?

— ¿Te atreverías a apostar tu vestido de circo, el que te lias puesto hoy para la representación?

— Sí. ¿Y tú?

— Mi nuevo traje de amazona, botas incluidas. Tú y yo somos de la misma talla. ¿Estás de acuerdo?

— Sí...

— Perfecto —respondió Annelise, con una sonrisa—. La que se moje los pies pierde.

Lilian ya se había trazado un plan. Se trataba de dejar tomar la iniciativa a Annelise y seguirle luego los pasos.

Con una sonrisa flotando en los labios, Annelise empezó a atravesar el pantano. Conocía bien el camino, los matorrales, los hoyos...

Una sola vez miró hacia atrás y de nuevo sonrió. Sí, ciertamente, Lilian la seguía de cerca, pero ella la engañaría y ¡qué triunfo cuando el lindo trajecito azul pastel de espectáculo circense cambiara de dueña!

Ambas concursantes estaban casi a mitad del pantano. Aquí y allá, los pájaros revoloteaban, descontentos de que se turbara su apacible existencia.

Se estaban acercando al lugar más peligroso.

Annelise lo sabía. El sendero se estrechaba mucho y era fácil caerse a un lado...Sí, allí junto al pequeño sauce...

Ahora Lilian quedaría «servida».

Annelise se alejó del sendero. Quería pasar al otro lado para avanzar por terreno más sólido. Lilian no sabría cómo hacerlo y se mojaría los pies.

Apenas había puesto Annelise el primer pie en una piedra, cuando gritó de terror. La piedra se deslizó bajo su presión y la chiquilla se hundió en un agua viscosa y cálida.

—¡Socorro! —gritó, asustadísima—. Socorro, Lilian, el pantano me succiona...

Lilian estuvo a su lado en el acto, comprendiendo el peligro. Agarrándose a las ramas más largas del sauce, se esforzó en guardar una voz tranquila.

— ¡Resiste, Annelise, yo te sacaré de aquí!

Pero era una tarea imposible. Lilian tiraba con todas sus fuerzas, pero la parte inferior del cuerpo de Annelise parecía ser absorbida por fuerzas poderosísimas. Ya no se hundía más, pero tampoco conseguía alzarse ni un centímetro.

— ¡Estoy presa en el barro! —gemía—. Es un remolino...

— ¿Un remolino?

— Sí..., hay muchos en este pantano. Se corre peligro mortal, según Iversen, el granjero... ¡Socorro, socorro!

— Calla — ordenó Lilian —, gritar así no te ayuda en nada.

— Entonces, ¿qué debemos hacer?

«Sí», pensó Lilian. «¿Qué debemos hacer?»

El pantano estaba desierto y sus gritos no llegaban hasta la carretera.

¿Qué ocurriría si ella dejara las manos de Annelise para ir en busca de ayuda? No, imposible. En tal caso, Annelise probablemente se hundiría del todo.

Lilian acabó por estar tan asustada como la propia víctima. Pero su mente trabajaba a toda velocidad. Tarde o temprano, en la escuela las echarían de menos y saldrían en su busca. Pero, ¿cuándo las encontrarían?

— Socorro... ¡Socorroooo! —gemía Annelise.

— ¡Calla! Trataré de levantarte de nuevo.

Pero tampoco ahora Lilian consiguió mover a su amiga, a pesar

de que puso en ello todo su empeño. Y los brazos empezaban a dolerle.

Entonces tuvo una idea. Inclinandose más ordenó:

— Annelise, suéltame de una mano y quítame el cinturón.

— ¿Por qué?

— ¡Quítamelo!

Temblando de miedo, Annelise obedeció.



— Ahora —prosiguió Lilian—, suéltame de la otra mano y agárrate al cinturón.

— Sí.

Lilian se apresuró a atar el otro extremo del cinturón a las más sólidas ramas del sauce.

¡Ya era tiempo! Sus manos no hubieran podido resistir mucho más. Annelise la miraba angustiada.

— ¡No me abandones, Lilian, no me dejes!

— Cállate de una vez y déjame reflexionar en paz.

Pero por más que reflexionaba no se le ocurría ninguna solución buena. No se atrevía a abandonar a su compañera, que corría el riesgo de una muerte atroz, pero, si no lo hacía ¿cómo conseguir ayuda?

— ¡Sobre todo no sueltes el cinturón!

— De acuerdo. Sólo que me sentía más tranquila cuando me sostenías con tus manos.

— Pero ya no podía más... En cuanto haya descansado un poco, volveré a cogerte.

— Oh, gracias, Lilian... Siento tanto haberte traído aquí...

— Yo también lo lamento —admitió Lilian.

— He sido una estúpida...

— Sí... El que cava una tumba para el prójimo, suele cavar la propia...

— No pensé que pudiera ser tan peligroso — sollozó Annelise—. ¡No quería hacerte daño! Ah, tengo las piernas heladas y no puedo seguir agarrando el cinturón... Dame tu mano...

— De acuerdo.

Lilian había recuperado fuerzas y volvió a tomar la mano de su desdichada compañera. ¿Cuánto tiempo podría resistir?

Lilian hizo un nuevo esfuerzo para sacar del Iodo a Annelise, pero en vano.

— ¿No tienes los pies apoyados en algo?

Annelise respondió castañeando los dientes.

— No... lo sé, Lilian... Ya no los siento... ¡Están helados!

— ¿Quieres que vaya a buscar ayuda?

— ¡No, no! — gritó Annelise en el colmo del terror —. No me dejes, Lilian...

— De acuerdo.

Lilian apenas podía conservar la calma. La situación era cada vez más desesperada.

¿Llegaría auxilio... a tiempo?

Terminada la impresionante representación de Lilian, los jóvenes espectadores se habían esparcido por el amplio parque de la escuela.

Finalizadas ya las clases por aquel día, podían disfrutar del bello tiempo de verano. La inevitable preparación de las clases del día siguiente no tendría lugar hasta dentro de unas horas.

Alboroto y Cavador se llegaron hasta su banco favorito. Estaban aturridos por lo que habían presenciado en la sala de gimnasia. Jamás hubieran creído posible tales alardes. ¡Y eso que ellos eran dos estupendos deportistas!

Durante largo rato estuvieron callados mirando con melancolía el lago Ege.

— Alboroto, es curioso, pero tengo la impresión de que tú y yo no valemos gran cosa.

— ¿Cómo?

— Compréndeme... Nosotros jamás hemos sido brillantes en los

estudios, pero destacábamos en los deportes...

— Bien, ¿y qué?

Cavador dudó un poco:

— Pues, desde que he visto los alardes de Lilian, me parece que no valemós gran cosa... ¡Es invencible!

— Síiiii...

Cavador suspiró profundamente.

— Ya ves, Alboroto, sólo somos dos fantoches, cuya vida en adelante será gris y triste. ¡Aquí sobramos!

—Tienes toda la razón. ¡Sobramos! —concordó Alboroto—. Pero ¿qué podemos hacer?

— Tal vez deberíamos tratar de sobresalir en los estudios...

— ¿En los estudios? —repitió Alboroto, gimiendo como un animal herido—. No, querido Cavador. Esto causaría un auténtico shock a nuestros profesores...

Cavador reflexionó:

— Sí, tienes razón seguramente... Pero, para recuperar la propia estimación, deberíamos tratar de hacer un esfuerzo creador cualquiera...

No hubo tiempo de seguir pensando, porque entonces llegó hasta ellos, como un vendaval, Puck.

— ¡Qué suerte haberos encontrado, mis dos queridos bandidos! Tenemos problemas.

— ¿Problemas? —exclamaron a coro ambos muchachos, llenos de esperanzas—. ¿Qué sucede?

— El señor y la señora Frank se han ausentado por unas horas... y Annelise y Lilian han desaparecido.

— ¿Desaparecido...?

— Sí, desaparecido. Hace ya varias horas. Else cree que han ido hacia el lago Soender donde Annelise quería desafiar a Lilian... y mucho me temo que se trate de un desafío peligroso. ¿Verdad que vosotros dos conocéis bien el lago Soender?

— Sí, como la palma de la mano — afirmó Alboroto —. ¿En qué podemos ayudarte, Puck?

Puck explicó en breves palabras lo que quería de ellos y unos momentos después los tres descendían a toda velocidad hacia el lago, en bicicleta.

Cuando Puck vio las abandonadas bicicletas de Annelise y Lilian,

se sintió terriblemente inquieta, lo mismo que los muchachos. Por una vez, la voz de Alboroto sonó grave:

— No me extrañaría que esa loca de Annelise hubiera arrastrado a Lilian a una peligrosa aventura. ¡Crucemos el pantano!

— De acuerdo.



Llevando al experimentado Alboroto como guía, los tres amigos salieron sin pérdida de tiempo.

Siguieron el sendero. Se detuvieron de vez en cuando para gritar, pero nadie respondía.

De pronto, Puck agarró los brazos de los muchachos.

— ¿Habéis oído?

— No...

— Piden socorro... muy débilmente.

Puck y los muchachos gritaron entonces con todas sus fuerzas y en respuesta les llegó una voz medio ahogada.

— Socorro... Socorro...

Alboroto se volvió hacia los otros:

— Los gritos vienen del lugar más peligroso, donde se estrecha el sendero. Seguid mis pasos, conozco bien el camino.

Una cincuentena de pasos más adelante, se toparon con un espectáculo siniestro. Lilian estaba inclinada hacia Annelise, cuyo busto se hallaba casi hundido en el barro, y que además daba la impresión de estar desmayada. Al menos, tenía los ojos cerrados. Lilian la agarraba por la blusa. Alboroto se hizo cargo de la situación al instante y actuó con la rapidez del relámpago.

Se volvió a los otros dos

— Puck, permanece en tierra firme... Y tú, Cavador, agarra a Lilian mientras yo me ocupo de Annelise.

— ¡All right!

Al cabo de unos segundos, todo el mundo estaba haciendo lo ordenado. Mientras se asía con una mano al sauce y con la otra

agarraba a Annelise, preguntó a Lilian:

— ¿Puedes arreglártelas sola, Lilian? Por un minuto tan sólo...

— Sí — murmuró con acento agotado —. Únicamente estoy cansada... Tan cansada que veo sombras...

— Tiéndete mientras Cavador y yo sacamos de aquí a Annelise... Ven, Cavador. Pero cógete fuerte a las ramas, de lo contrario caerás de cabeza al pantano.

Poco después los dos muchachos sostenían fuertemente a Annelise, que ahora había abierto los ojos y gemía débilmente. Fue muy trabajoso sacar a la muchachita del profundo lodo; el sudor resbalaba por las frentes de los muchachos.

— Cuidado, Annelise, cuidado... —decía Alboroto.

Al fin consiguieron arrastrar a la chiquilla hasta el pie del árbol y luego a un terreno más seguro.

El barro brotaba de sus piernas y pies. Castañeaban sus dientes y murmuraba:

— Tengo frío... Tengo frío...

Lilian ya se había recuperado. Y, ayudada por Puck, empezó a secar las piernas de Annelise, dándoles vigorosos masajes. Alboroto las miraba con aprobación:

—Muy bien, hijas mías... Incluso en esta estación, el lodo del pantano está tan frío que Annelise ha debido de pasarlo mal. Pero se recuperará en seguida. ¿Estás mejor Annelise?

— Sí, gracias — murmuró ella, que incluso halló fuerzas para sonreír—. Mis piernas comienzan a reaccionar.

Mientras Puck y Lilian proseguían en los masajes. Alboroto obtuvo una explicación de lo sucedido. Sacudió la cabeza:

— Siempre lo he dicho: Annelise es una chiquilla imposible y esto pudo haber acabado muy mal. ¡Te has portado estupendamente, Lilian!

Lilian le sonrió:

— No hubiera podido resistir mucho más, creedme.

Un cuarto de hora después, Annelise había reaccionado lo suficiente para poder apoyarse en sus piernas.

— ¿Podrás caminar? —dijo Puck.

Annelise dio algunos pasos, pero Alboroto sacudió la cabeza:

— Si Cavador y yo te ayudamos, podrás llegar a la carretera. Y tú, Lilian, ¿puedes?

— Desde luego.

Los dos muchachos intercambiaron una rápida mirada y pensaron: «¡Esta pequeña acróbata es algo verdaderamente sensacional!» Caminaron hacia la carretera, llevando a Annelise sostenida por los hombros, Puck y Lilian detrás. Al alcanzar las bicicletas, se detuvieron. Ahora Annelise se encontraba casi bien, pero era preciso descansar y reflexionar un poco antes de dirigirse a la escuela.

— Lo mejor, Puck —dijo Alboroto —, será que tú acompañes a Annelise a La Gran Granja, para que el doctor pueda visitarla.

— ¿Y el director? —exclamó Puck.

Alboroto se rascó la nuca, perplejo.

— Sí... No será fácil escapar a eso... Deberemos contárselo.

—¡Ay, ay!

— Sí, yo también digo lo mismo. Se pondrá furioso con Annelise y Lilian, por haber ido al pantano a pesar de la prohibición. Sin embargo, no es posible ocultarle la verdad. ¡Habrá que *afrontarlo*!

Puck sonrió, ya que Alboroto, ante las situaciones difíciles, decía siempre las mismas palabras: Hay que *afrontarlo*.

— Sí —dijo Puck—, no queda otro remedio. Me pregunto si Annelise podrá ir en bicicleta...

— Creo que sí.

— Bien. En marcha... sin prisas.

— ¡En marcha todos! — dijo Alboroto.

Y se encaminaron hacia el pensionado de Egeborg. Annelise no iba muy segura en su sillín, pero Alboroto y Cavadore la escoltaban para poder asirla en caso de peligro.

La muchachita permanecía callada, cosa rara en ella.

Al llegar a los invernaderos, Puck y Annelise giraron a la derecha para encaminarse a la Gran Granja. Alboroto murmuró a Puck:

— Sobre todo que la vea el médico de los Dreyer, Puck, ya que Annelise ha podido lastimarse de algún modo... Y que el señor Dreyer llame al director. Si Annelise no tiene nada grave, deberá regresar al pensionado esta noche...

Annelise, que había permanecido muda hasta entonces con la cabeza baja, tendió repentinamente una mano hacia Lilian y dijo con voz temblorosa:

— Gracias, Lilian... Ha sido muy amable por tu parte..., sin que yo lo mereciera.

— ¡Bah! — exclamó Lilian, feliz a pesar de sí misma.

— Eres una buena amiga...

— ¡No hablemos más de esto!

— Puedes ir a mi casa a recoger el traje de amazona, si quieres.

— ¿El traje de amazona?

— Te lo has ganado... Y además mis padres estarán contentos de verte.

Los cinco compañeros se separaron. Puck pedaleó un rato en silencio, pero observaba a Annelise disimuladamente y pudo ver cómo las lágrimas brotaban de sus ojos.

— ¿Cómo te sientes, Annelise? —preguntó con cariño.

— Bien, gracias —respondió sorbiéndose el llanto—. Ya no tengo aquella desagradable sensación en las piernas... Pero me siento horrible por haber sido tan mala con Lilian. ¡Es una chica estupenda!

— Sí, sin ninguna duda.

— ¿Qué podría hacer yo por ella? ¿No puedes darme un consejo, Puck?

Puck sonrió:

— También tú eres una chica estupenda, Annelise..., en el fondo.

— ¿En el fondo? —repitió Annelise, secándose la última lágrima—. Cierto, y a veces hay que descender mucho para llegar a ese buen fondo mío.

Puck sonrió y las dos muchachitas entraron en La Gran Granja.



Felizmente, Annelise no sufrió ninguna consecuencia

desagradable de su permanencia en el frío lodo del pantano, y aquella misma tarde se reintegró al pensionado.

Por una vez, el enojo del director fue serio. Siendo Lilian una alumna nueva, podía ignorar parte del reglamento, pero Annelise no tenía excusa alguna. Tres días encerrada en su habitación era un castigo leve.

Annelise se sentía plenamente consciente de ello. Había temido tanto ser expulsada...

Al terminarse la cena, el señor Frank se levantó y dijo:

— Como todos sabéis, esta tarde ha estado a punto de ocurrir una tragedia. Debo por lo tanto advertiros seriamente. Lo que está prohibido en el reglamento como cosa grave, es por la propia seguridad de los alumnos. El lago desecado es extremadamente peligroso. ¡Recordadlo todos!

— Sí —respondieron los alumnos a coro.

— Bien, no hablemos más de ello. La aventura de hoy ha acabado bien y Annelise está viva sólo por la ayuda de unos cuantos buenos compañeros, y eso reconforta el corazón. En este colegio no sólo tratamos de dar a los alumnos una sólida cultura, sino también otras virtudes que apreciamos mucho, como el valor, el compañerismo, la devoción...

El director echó una mirada a su joven auditorio que le escuchaba gravemente y prosiguió:

— Cuatro alumnos han dado hoy pruebas de poseer estas notables cualidades. Voy a nombrar en primer lugar a Bente, Hugo y Henrik, que han actuado con rapidez y eficacia para sacar a una compañera de un peligro. Pero en especial voy a referirme a Lilian. Lo que ella ha hecho es mucho más meritorio de lo que podéis suponer. A pesar de estar fatigada hasta la extenuación, a punto de desmayarse, ha resistido para no arriesgar la vida de Annelise. ¡Acércate, Lilian!

La pequeña artista se levantó y acercó con paso vacilante. El director le acarició los cabellos y dijo:

— En este pensionado tenemos un diploma que sólo se concede en rarísimas ocasiones para recompensar un acto de valor o camaradería excepcionales... Fue Bente Winther quien lo recibió la última vez, pero hoy tengo la alegría de concederlo de nuevo. Querida Lilian, cuelga esta insignia en tu pecho... Mereces llevarla.

¡Buena suerte, amiguita!

Los aplausos alcanzaron una violencia de auténtico huracán. Lilian volvió a su sitio modestamente.

El director tuvo que levantar la mano repetidamente para imponer silencio y poder proseguir:

— El diploma va siempre acompañado de una gracia. El alumno que lo ha obtenido puede solicitar un día de fiesta o algo por el estilo. ¿Qué deseas tú, Lilian?

Lilian se levantó, dudó un instante... Y después dijo:

— Gracias... Quisiera que los tres días de castigo en su habitación para Annelise le fueran perdonados.

Sus palabras fueron de nuevo acogidas por un huracán de aplausos, y Alboroto y Cavador, como directores, iniciaron la canción, que todos corearon:

*Es una chica excelente,
es una chica excelente...*

Terminado el canto, el director dijo con una amplia sonrisa:

— Este deseo te honra, Lilian, y te es concedido. ¡Aunque Annelise haya merecido de veras ser castigada! Y una última palabra: los alumnos mayores pueden acostarse hoy media hora más tarde.

— ¡Bravo, bravo! —gritaron por todas partes.

Alegres y bulliciosos, los alumnos salieron del comedor, para ir a disfrutar del aire libre en aquella cálida noche.

Alboroto y Cavador se paseaban solos. Al cabo de un largo silencio, Cavador dijo, sacudiendo la cabeza:

— Hay algo que no entiendo...

— ¿El qué?

— Pues... ¿No has oído decir al director que tú y yo tenemos excelentes cualidades?

— ¿Es que acaso lo habías dudado? —preguntó Alboroto con amplia sonrisa.

— No... No... Pero suponía que el director y los profesores no se habían dado cuenta de ello.

— ¡Claro que sí, amigo!

Prosiguieron su paseo, en silencio de nuevo, hasta que Cavador dijo:

— En suma, que esta tarde hemos hecho un buen trabajo.

Alboroto se encogió de hombros.

— No vayas a tomarte ahora demasiado en serio, gran bobalicón. Hemos ayudado un poco, eso es todo... Pero dos cerebros privilegiados como los nuestros no pueden vivir de eso. ¡Hay que hacer algo grande!

— ¿Por ejemplo una pequeña guerra con las hienas del «Trébol de Cuatro Hojas»? —interrogó, esperanzado.

— ¡Exactamente!

— Bravo, querido amigo — gritó Cavador, radiante, dando un palmotazo a su compañero —. Así la vida valdrá la pena de ser vivida.

Y los dos granujillas sintieron de nuevo cómo la sangre se aceleraba en sus venas.

Como es de suponer, Lilian fue la heroína del día, y sus compañeras se agrupaban a su alrededor sin cesar. Los cumplidos le llovían de todos lados.

— ¡Tienes bien merecido ese diploma!

— Has estado formidable, Lilian...

— ¡Felicitaciones!

La pequeña artista acabó por sentirse abrumada, pero la expresión malhumorada de su rostro había desaparecido del todo. Puck consiguió llevarla aparte para decirle:

— Te felicito por el diploma, Lilian. ¿Estás contenta?

— ¡Sí! ¿Cuántas alumnas lo tienen?

— Sólo tú y yo. También lo tenía un alumno llamado Harry Paulsen, pero acabó sus estudios el curso pasado... Hoy ha sido un gran día para ti, Lilian... Primero tu representación y luego tu hazaña en el pantano. ¿No te parece ya un poco mejor la vida en el pensionado?

— Sí...

— ¿Y sabes qué ha pensado el señor Strandvold?

— No...

— Elegirá a media docena de alumnos para que tú les des lecciones de acrobacia.

El rostro de Lilian se iluminó con radiante sonrisa, pero como no dijera nada, Puck le aseguró:

— Puedes estar segura, Lilian, serás muy feliz aquí.

La sonrisa se desvaneció en el rostro de Lilian, que guardó total silencio.

Entonces se les acercó corriendo Annelise. Volvía a ser despreocupada como siempre y murmuró:

— ¡Muy amable de tu parte pedir que me perdonaran el castigo, Lilian! Gracias por eso... y todo lo demás. Ya te he preparado el traje de amazona, y además mis padres quieren verte. ¿Cuáles son tus platos favoritos?

— ¿Mis platos favoritos?

— Sí, mañana comerás conmigo en La Gran Granja... Buey con salsa bearnesa, salmón, piña...

Lilian la interrumpió:

— Pero esos no son mis platos favoritos...

— Bueno, que te preparen otros. Podemos matar una vaca o varios cerdos, si es lo que quieres. ¿Te gustan los huevos al plato?

Lilian sonrió.

— Sí.

— Estupendo...

Annelise siguió parloteando:

— Tenemos al menos media docena de buenos caballos para montar. Verdaderos caballos, no poneys... Y un día organizaremos un concurso hípico. Puck y yo hemos hecho bellas cabalgadas juntas, ¿verdad, Puck?

— Cierto... —repuso Puck sonriendo.

— Además — prosiguió Annelise —, has de saber que papá me compró en París muchos lindos vestidos y te regalaré el que quieras...

— ¡Cállate ya, Annelise! Estás abrumando a Lilian...

— ¡Qué importa! Ahora ya somos buenas amigas.

— Sí, por suerte, ya sois amigas...

Lilian se divertía ante aquel alud de palabras de Annelise, pero de todos modos se alegró cuando la llegada de otras alumnas interrumpió la escena.

Por su parte, Puck estaba encantada de la marcha de los acontecimientos. Una enemistad estúpida e incomprensible había sido de nuevo destruida en el pensionado de Egeborg.

Al día siguiente, Puck, Lilian, Alboroto y Cavador pasaron horas

deliciosas en La Gran Granja.

El señor Dreyer y su esposa se sentían felices de poder demostrar su agradecimiento a los cuatro chiquillos que habían salvado la vida de su hija. Nada les parecía demasiado bueno para sus invitados, y al cabo Cavador exclamó, agotado:

— Alboroto, si sigo comiendo así me elevaré como un globo.

— Lo mismo digo — dijo Alboroto, desabrochándose el cinturón.

Por la mañana, el señor Dreyer había hecho un viaje relámpago a Copenhague y ahora distribuía los regalos adquiridos a los cuatro compañeros. Alboroto y Cavador recibieron cada uno un precioso reloj de pulsera, Puck una hermosa cajita de tocador y Lilian un pesado brazalete de plata labrada.

Como es natural, aquellos obsequios arrancaron a todos gritos de entusiasmo, pero el señor Dreyer les acalló con un gesto:

— ¡Nada de agradecimientos, hijos míos! Nada es suficiente después de lo que habéis hecho por Annelise. ¿Te gusta montar a caballo, Lilian?

— Sí, es maravilloso.

— Entonces, has de saber que siempre habrá un caballo a tu disposición aquí, mientras permanezcas en la escuela. Puedes escoger a «Hoppy» si te parece, pero deberás hacerle trabajar un poco en la pista antes de salir al campo.

— Mil gracias, señor Dreyer —dijo Lilian.

El señor Dreyer se volvió hacia los dos muchachos:

— ¿Y vosotros, bandidos? ¿Os gustaría disponer de un caballo para cada uno?

— No, gracias —repuso Alboroto—. Cavador y yo preferimos ir a pie...

— En tal caso —rió el señor Dreyer—, deberé invitaros a una fiesta en el jardín el sábado. Ya he hablado con el director. Acudirán todos los alumnos.

— ¡Formidable! — dijo Alboroto.

— ¡Superformidable! —añadió Cavador—. Nos divertiremos mucho.

— No lo dudo — dijo el señor Dreyer, riendo —. Nosotros pondremos cuanto podamos de nuestra parte.

El sábado fue un gran día para los alumnos de Egeborg. Desde

primera hora no se habló de otra cosa en el pensionado e incluso las clases se resintieron un poco de ello.

Por experiencia todos sabían que nadie se aburría nunca en casa de los Dreyer.

Por la tarde, un bullicioso y alegre grupo se reunió en el magnífico parque de La Gran Granja. Las muchachitas se habían puesto sus más lindos trajes de verano, y los chicos olían a colonia y brillantina.

Y los dioses del tiempo fueron tan amables que lució un sol espléndido en un cielo sin nubes.

La fiesta comenzó en la pista, donde Lilian montó a «Hoppy», efectuando unos bellos ejercicios circenses que arrancaron grandes aplausos. La consumición de pasteles y refrescos fue impresionante y, cuando llegó la hora de la merienda, el apetito casi había desaparecido.



Hacia las siete, los músicos de Oesterby empezaron a tocar bailables; en el estrado de madera colocado en el centro del césped, reinó pronto una alegre animación. Las personas mayores contemplaban satisfechas la desbordante alegría de los jóvenes. Lilian fue sin duda alguna la bailarina más invitada. Casi no abandonó el estrado, no sólo por ser la heroína del día sino porque bailaba admirablemente.

Las horas transcurrieron con gran rapidez y pronto el director dio orden de marcharse. Durante el regreso al pensionado, Puck, que caminaba junto a Lilian, le preguntó:

— ¿Has pasado un buen día, Lilian?

— Sí, un día delicioso.

— ¿No te gusta ya algo más el colegio?

— Sí..., algo... *mucho*. Pero...

— Pero ¿qué?

Lilian permaneció un rato en silencio y a continuación dijo:

— No puedo evitarlo, Puck... Pero echo de menos la pista del circo, las luces de los proyectores, los aplausos del público... No puedes comprenderme.

— Creo que sí, Lilian, pero has de pensar que si te han puesto aquí es por tu bien. ¿No tienes a tu padre por un hombre inteligente?

— ¡El más inteligente del mundo! —afirmó Lilian—. Su más ferviente deseo es que todo lo mejor sea para mí.

— Entonces, Lilian, debes estar contenta. Nos has dado pruebas de tu destreza, has sido la heroína del día, vas a dar lecciones de acrobacia a tus compañeros. ¿Qué más quieres?

— Es cierto.

— Todos te queremos mucho.

— Eres muy amable, Puck.

— ¡No, te digo la verdad, Lilian!

Una media hora más tarde, Lilian se acostó sin el menor deseo de hacer enojar a la capitana de corredor con respuestas impertinentes. Cerró la luz y se durmió apaciblemente...

para soñar que se encontraba en el centro de una pista circense, tirando besos al público con la punta de los dedos.

Si Lilian emprendía algo, lo hacía de corazón. Al cabo de pocos días, dominaba a la perfección al inquieto y joven caballo «Hoppy». El administrador Jensen expresó su admiración por la muchachita ante el resultado.

— ¿Podemos arriesgarnos a dejarla salir al campo con «Hoppy»? —preguntó el señor Dreyer.

— Sí, sin duda alguna —respondió Jensen—. Nunca había visto a una pequeña amazona tan diestra como ella.

Así Lilian dio el primer paseo a caballo con Puck y Annelise, conversando animadamente. Lilian lucía el elegante traje de amazona que había ganado. No quería aceptarlo, pero como siempre Annelise acabó saliéndose con la suya.

Al llegar a Oesterby, se dirigieron hacia el lago Ege. Por allí la

naturaleza era más virgen, más salvaje. Después de haber atravesado el bosque del Norte, penetraron en el del Oeste, donde el camino era tan estrecho que tuvieron que cabalgar en fila india. Cuando llegaron a las antiguas ruinas descabalaron para disfrutar del paisaje.

— ¿Te acuerdas de nuestro primer paseo, Lilian? —preguntó Puck.

— Sí...

— Estabas de tan mal humor que esta bella vista te dejaba indiferente. ¿Qué piensas hoy?

— La encuentro mucho más bella, Puck. Y como no puede haber cambiado en diez días, supongo que lo que ha cambiado es mi estado de ánimo.

— Bravo, Lilian...

La pequeña artista sonrió:

— Puck, dentro de tres o cuatro días nuestro pacto concluirá.

— ¿Nuestro pacto?



Lilian asintió con la cabeza.

— ¿No te acuerdas de que te prometí no intentar escaparme antes de la primera quincena?

— Sí — respondió alegremente Puck —. Pero espero que ahora veas las cosas de manera diferente...

— Sí, Puck — afirmó Lilian, gravemente —. Ya no me siento infeliz por estar aquí, pero no puedo evitar el añorar el circo...

Annelise intervino entonces:

— Le diré a papá que te compre un circo para ti sola.

Sonriendo, las tres amigas montaron de nuevo y regresaron a La Gran Granja bordeando el pantano.

El señor Dreyer estaba impaciente por saber cómo se había

comportado «Hoppy», y Puck y Annelise le informaron con entusiasmo lo bien que había sabido dominarle Lilian.

La señora Dreyer quería invitar a las chicas a cenar, pero como no tenían permiso del director, tuvieron que regresar a la escuela.

Cuando Puck atravesaba el vestíbulo, la señora Frank la llamó:

— Bente, quiero hablarte...

Puck la siguió al comfortable despacho privado y la joven dama preguntó:

— ¿Cómo van las cosas con Lilian?

— Bien —respondió Puck—. Dentro de una semana estará tan encantada con Egeborg que no querrá irse por nada del mundo.

La señora sonrió:

— Estoy muy contenta de oírte eso, Bente. Cuéntame cómo ha ocurrido.

Mientras Puck se lo contaba, la señora Frank la escuchó en silencio. Finalmente acarició una mejilla de Puck y dijo:

— En gran parte ha sido gracias a ti, Bente. Mi marido se hubiera entristecido muchísimo si Lilian no hubiera cambiado de actitud.

Cuando llegó al «Trébol de Cuatro Hojas» para cambiarse de atuendo, Navio comentó un tanto amargamente:

— Me parece que te estás olvidando... de tus amigas, Puck.

Puck quiso contestar, pero Inger la interrumpió:

— Cállate, Navio. No podemos reprocharle a Puck el que esté siempre tratando de poner paz en el colegio.

— Opino lo mismo.

En la habitación vecina, Annelise y Lilian se cambiaban también de traje. Peinando sus negros rizos ante el espejo, Lilian sonrió a Annelise a quien veía reflejada.

— Ha sido un paseo maravilloso, Annelise... Y «Hoppy» es muy dócil. Tu padre es muy amable permitiéndome pasearme en un caballo así.

— ¡Aunque quisieras dos! —repuso Annelise—. Durante las vacaciones de otoño, podemos organizar una buena excursión con Puck.

— ¿Las vacaciones de otoño? —repitió soñadoramente Lilian, dejando el peine—. Sí, será divertido, Annelise...



—Puedes decir lo que quieras — declaró Karen decidida —, pero a mí me parece tonta. ¡Totalmente tonta!

Después, dio media vuelta y se dirigió al edificio principal atravesando el césped.

Con la sonrisa en los labios, Puck la miró. Karen tenía por costumbre expresar claramente lo que pensaba y su opinión solía ser tajante. Inger, por el contrario, procuraba siempre ser conciliadora, pero en ocasiones tal vez hubiera sido mejor que fuera menos prudente y más firme.

«Qué distintas son las personas entre sí», pensó Puck. «Pero lo importante es ser en todo momento sincera y leal.»

Echó una mirada a su alrededor. El tiempo era maravilloso. Se habría dicho que el verano hacía un último esfuerzo antes de irse. Aquel tiempo era llamado «el veranillo de San Martín». Puck sacudió su cabellera y levantó la vista al cielo. Aquel cielo de otoño tenía algo muy particular. Sí «el veranillo de San Martín» era delicioso en Egeborg...

Puck cerró los ojos para disfrutar mejor del sol. Era uno de aquellos días en que había que sentirse bueno y feliz.

Si al menos...

Puck se levantó y empezó a caminar por la orilla. Y sus reflexiones volvieron a centrarse en Annelise.

Karen se equivocaba al decir que era una tonta. Annelise era encantadora, sólo que hija única demasiado mimada. Puck lo sabía y en general no hacía demasiado caso de sus caprichos.

Pero aquella vez...

Annelise había sufrido un cambio radical. Era preciso admitirlo y esperar que todo acabara por solucionarse.

Había una razón para ello, y se llamaba Lilian Latour.

Sí, Lilian era la causa de que la amistad entre Puck y Annelise estuviera a punto de romperse. Desde que Puck había hecho cuanto había podido para que Lilian se sintiera a gusto en Egeborg, aquella pequeña artista se había sentido fuertemente unida a ella. Puck la quería mucho, a su vez.

Lilian era interesante, no podía negarse. Y resultaba evidente que Annelise experimentaba hacia ella una muda admiración, que en cierto modo la hacía sentir incómoda.

Puck se detuvo e hizo chasquear los dedos.

Por casualidad había dado en el clavo: Annelise experimentaba un complejo de inferioridad. Ella que siempre había dominado a todos, que siempre había despertado la admiración de sus compañeros... Pero he aquí que Lilian era capaz de admirar al mundo entero, lo mismo en Londres, que en Nueva York, que en Roma o en Copenhague...

Sin embargo, Lilian no se vanagloriaba de ello. Una vez hallado su lugar en el pensionado, se había dejado absorber por su trabajo escolar. Le encantaba estar en Egeborg, donde el ambiente era tan alegre, los profesores tan simpáticos, las tradiciones tan divertidas...

Pero a quien quería en especial era a Puck, por la cual sentía además un gran reconocimiento.

Como siempre, Puck disfrutaba de la compañía de Karen, Navio e Inger, sus compañeras del «Trébol de Cuatro Hojas», y disfrutaba también enormemente de las horas de equitación en compañía de Annelise. Se divertía con las bromas de Alboroto y Cavador, e incluso en las últimas semanas había sostenido interesantes conversaciones sobre caballos con Kaj Schultz, llamado Caoba a causa de sus cabellos y ojos del color de esta madera. ¡Y ni por un instante pensó que la presencia de Lilian pudiera cambiar en nada aquellas relaciones! Lilian le gustaba, pero igualmente le gustaban los otros.

Pero Annelise no veía las cosas de aquel modo.

Un pequeño incidente, en clase, había abierto los ojos a Puck.

Annelise y ella habían hablado de dar un paseo por el bosque,

pero no habían concretado nada debido a que Annelise tenía que acompañar a su madre a Sundkoebing, por lo que el paseo en cuestión quedó supeditado a ella.

Pero durante el recreo la señora Dreyer anunció por teléfono que iría a Sundkoebing aquel mismo día, y Annelise dijo a Puck que no podrían dar el paseo.

— No importa —dijo Puck—. Lo daremos mañana...

— No, mañana tenemos clase de equitación y luego reunión en el club del juego de manzana.

— Pasado mañana, pues...

Arreglado el asunto, y después de las clases, Lilian preguntó a Puck si quería ir con ella a pasear en barca por el lago Ege, o a dar una vuelta por el bosque. Al no tener otro proyecto, Puck aceptó encantada. Pero apenas acababa de decirlo cuando llegó Annelise corriendo:

— Eh, eh... —gritó—. Mamá acaba de telefonar que le han llegado invitados imprevistos y no puede ir a Sundkoebing. ¡Vamos en seguida a dar el paseo, Puck!

— Ya no puede ser —respondió ésta.

Annelise la miró con asombro, molesta:

— Lo habíamos convenido — dijo, con un tono de voz que disgustó a Puck.

— Pero como tú dijiste que te ibas con tu madre...

— ¡Ya no voy con mi madre!

— Ahora ya me he comprometido con Lilian. ¡Además podemos ir las tres juntas!

— Es feo de tu parte — gruñó Annelise —. Pero peor para ti si prefieres a Lilian.

— No digas tonterías —protestó Puck, tratando de ser conciliante—. Si hubiera sabido que estabas libre, yo no hubiera...

— Me retiro voluntariamente —dijo Lilian—. Puedes pasear con Annelise si lo prefieres.

En su tono había un deje que hizo comprender a Puck que estaba molesta.

Lilian dio media vuelta y se encaminó hacia el edificio principal, mientras Annelise decía:

— Aunque me lo rogaras de rodillas, «ahora» no iré contigo.

Y a su vez desapareció. Puck se quedó sola, turbada y molesta.

Empezó a caminar por el césped cuando apareció Karen.

— Lo he oído todo —dijo la pelirroja—. Es el colmo de lo absurdo. Annelise está celosa porque estás algún tiempo con Lilian.

— Annelise es una buena chica...

— Sí, buena, pero tonta. ¡Enteramente tonta!

Así habían sucedido las cosas. Y Puck se sentía ahora sola y desdichada, víctima de una injusticia.

«Seguiré yendo a las clases de equitación», se dijo. «Tarde o temprano, Annelise comprenderá que ha obrado mal.»

Entonces miró hacia el parque y vio a Annelise y Lilian paseándose juntas, cordialmente cogidas del brazo. Annelise reía y charlaba de modo tan fuerte que su voz resonaba en el jardín. Sí, sí: ¡Annelise estaba decidida a «dominar» a Lilian!

Había pues tormenta en el aire...

El propietario Dreyer entró en el jardín de invierno, donde su mujer leía. Traía un montón de correspondencia.

— El correo... —anunció—. ¡Carta de Johannes! Me pregunto qué le ocurre esta vez.

La señora Dreyer miró a su marido:

— ¡Vaya manera de hablar de tu hermano! — dijo —. Deberías estar contento de tener al fin noticias tuyas. No nos llegan cartas de Tejas muy a menudo...

El señor Dreyer se dejó caer en su sillón y empezó a abrir las cartas. Entonces una puerta se cerró estrepitosamente.

— Annelise viene a vernos —dijo el señor Dreyer—. Seguramente acompañada por Puck.

Pero era Lilian quien acompañaba a Annelise.

— Hola papáito... ¿Qué tal?

— Bien, gracias —respondió éste—. Hola, Lilian... ¿Y Puck, no está con vosotras?

Annelise sacudió la cabeza.



— ¡Bah...! No nos ha apetecido invitarla...

Lilian miró a Annelise con sorpresa, pero no dijo nada. La señora Dreyer, que se dirigía hacia la puerta, echó una ojeada a su hija, pero tampoco habló. El señor Dreyer, muy sorprendido, comentó:

— ¡Qué cosa más rara!

Annelise se acercó a la ventana.

— ¿Nadie nos servirá una taza de té? —dijo en un tono que evidenciaba su deseo de cambiar de tema.

— Seguramente tu madre ha ido a la cocina para eso —replicó el señor Dreyer—. Acabo de recibir una carta de tu tío Johannes.

— ¿De veras? —gritó Annelise—. ¡Mi tío el vaquero americano! ¿Qué te dice?

Annelise tendió la mano para tomar la carta, pero el señor Dreyer sacudió la cabeza.

— Tendrás la amabilidad de aguardar a que tu madre regrese. Sentaos las dos...

En cuanto estuvieron instaladas, Annelise empezó a hablar de su tío el vaquero.

— Se llama Johannes, ¿sabes? Y es hermano de papá. Se fue a Tejas hace arios y tiene allí una propiedad. Se casó con una americana... ¿Cuántos años hace que se fue, papá?

El señor Dreyer reflexionó antes de responder.

— Unos veinte años... Pero hace doce que no le he visto. No puede abandonar su rancho. Un rancho que debe de ser muy hermoso, según las fotos que recibimos.

— Tienen dos hijos...

— Sí, un niño llamado William, pero le llaman Bill, como suelen hacer en América...

— Sí, ya sé —dijo Lilian.

— Según parece, Bill es formidable montando a caballo — prosiguió Annelise—. Y su hermana se llama Jennifer, poco más o menos de nuestra edad. Bill es más joven. Pero yo sólo los conozco por carta... y foto.

— Vienen fotos en ésta de hoy — dijo el padre.



Y pasó varias cartulinas coloreadas a las muchachitas, que se pusieron a examinarlas con atención.

— Mira, Jennifer monta un caballo que se parece al que antes teníamos y se llamaba «Foz Red» —dijo Annelise—. Y éste es Bill, de pie junto a otro caballo que se parece a «Jimmy» de la Granja del Este...

La señora Dreyer entró de nuevo con una bandeja con té, que colocó en la mesa.

— Permítame — dijo Lilian, acercándose para ayudar a la señora.

Annelise se volvió hacia su madre:

— Mamá, hay carta de tío Johannes —anunció alegremente.

— Lo sé... Y ¿qué dice? Pero ven a ayudarnos un poco, ¡vamos!

— Te esperábamos para leerla —respondió Annelise, sin levantarse para ayudar a su madre.

— ¡Ayuda a tu madre! —ordenó entonces su padre, enérgico.

Levantándose de mala gana, se acercó a las dos mujeres.

— Ahora la leeré —dijo el señor Dreyer.

Desdobló el papel y leyó:

«Mi querido Herbert:

Por fin doy señales de vida, ¿no? Tenemos tanto trabajo que la correspondencia anda siempre retrasada. Todo va bien en casa, el

rancho no deja de prosperar. Nos gustaría mucho dar una vuelta por Europa, pero por el momento es imposible, ya que no cuento con nadie capaz de cuidar de mis asuntos durante mi ausencia. Es por ello que quiero pedirlos que acojáis en vuestra casa durante un mes a Bill y Jennifer. Si estáis de acuerdo, llegarán por avión. Es importante que mis hijos conozcan el país de su padre. Ambos son archi-americanos, aunque el cincuenta por ciento de su sangre sea danesa. Si estáis dispuestos a recibirlos, decídnoslo. Sus respectivas escuelas están de acuerdo en darles este mes de permiso.

*Los más cariñosos abrazos de. tu hermano que te quiere,
Johannes.»*

El señor Dreyer miró a su mujer.

— ¡Cielo Santo! — exclamó —. ¿Qué vamos a hacer?

— Vamos a recibirlos, claro está —dijo la señora Dreyer—. Es del todo imposible decirle al tío Johannes que no.

— Claro —dijo su esposo—, pero y... ¿nuestro viaje a Roma?

— ¡No habrá ningún viaje a Roma! Voy a escribir a Tejas para invitar a los dos americanitos. Confiemos en que La Gran Granja podrá soportar la invasión.

— ¡Bravo! —gritó Annelise—. Cómo nos divertiremos...



La señora Frank llevaba una blusa casera, verde, y un cesto de vivo amarillo. Al ver a Puck sonrió.

— ¿Estás soñando despierta, Puck? —preguntó la señora.

— Estoy tomando el aire. Las demás han ido a Sundkoebing a dar un paseo en barco.

—Creí que hoy ibas a montar...

— No sé — dijo Puck encogiéndose de hombros.

La señora Frank la miró inquieta.

— Voy al huerto. ¿Vienes conmigo?

— Sí, encantada.

Cruzaron la gran explanada y se dirigieron hacia el huerto. La señora Frank se preguntaba qué le estaría ocurriendo a Puck. Pasearse sola y tristemente no era habitual en la chiquilla.

— ¿No te habrás peleado con Annelise, supongo? —interrogó—. Será mejor que me digas claramente de qué se trata.

Puck enrojeció y a continuación dijo:

— No lo sé. Nos discutimos un poco ayer, pero eso no significa nada.

— Debe de ser bastante cuando tú te saltas la lección de equitación.

La señora Frank poseía la absoluta confianza de los alumnos, especialmente de Puck, quien en muchas ocasiones había solicitado sus consejos.

— ¿Quién está hoy con Annelise?

— Lilian.

— ¿Lilian? Pero si tú y ella sois grandes amigas...

— Sí, pero... Es difícil de explicar. Creo que Annelise está un poco celosa y que está tratando de acaparar a Lilian y de apartarme a mí.

La esposa del director la miró sonriendo:

— ¡Sois una pandilla de bobas! —dijo—. ¡Cuántas montañas hacéis de granitos de arena! Si tú y Annelise sois amigas, y a su vez cada una lo sois de Lilian, ¿qué puede impedir que cabalguéis las tres juntas? La Gran Granja es suficientemente espaciosa...

— Claro, pero, no quiero imponerme. Y creo que Annelise prefiere deshacerse de mí.

— No lo creo. Puede estar un poco celosa, eso me es fácil de imaginar, porque le gusta ser siempre la primera en todo.

—Pero el sentido común aconseja que tú hagas caso omiso de ello.

— Es muy difícil.

— Lo reconozco — dijo la señora Frank —. Pero pienso que has actuado así por el bien de tu amiga... Y ahora corre rápido a vestirte de amazona.

Puck le sonrió agradecida y subió a su cuarto a vestirse. Allí encontró a Inger, que sentada junto a la ventana estaba dibujando el parque. Lo hacía utilizando todos los colores.

— ¡Eres genial! —exclamó Puck—. ¿Qué harás con el dibujo?

— Estaba escribiendo a mis padres y como no hallaba palabras para describir el colorido de todo esto, he decidido dibujarlo. ¿Te gusta?

— Es formidable, como diría Navio. A propósito, ¿dónde están Navio y Karen?

— Han ido a navegar con Lone, creo. ¡Qué suerte que seas copropietaria de ese barco, Puck, así todas disfrutamos un poco de él!

Puck empezó a cambiarse.

— Ahora me marcho — dijo —. ¡Hasta luego, Inger!

— No vuelvas tarde —aconsejó Inger.

Una vez fuera, Puck tomó su bicicleta y pedaleó animosamente hacia La Gran Granja, pero apenas había llegado a la carretera cuando vio a Annelise y Lilian dirigirse a caballo hacia el bosque.

— ¡Eh, amigas mías! —gritó Puck.

Lilian se detuvo.

— ¡No sabía que ibas a venir hoy!

— He llegado tarde, disculpadme.

Puck seguía el consejo de la señora Frank y fingía no darse cuenta de nada.

— Pero, si vosotras vais a dar un paseo, yo me contentaré con dar vueltas por la pista.

— ¡Perfecto! —dijo Annelise, aparentemente un tanto turbada por al situación y quizá llena de remordimientos.

— ¿Oué caballo tomo? —preguntó Puck.

—El que quieras —dijo Annelise—. Creyendo que no venías, he dejado que Lilian escogiera a «Blis». Supongo que no te importa.

— Claro que no.

Les dijo adiós y de nuevo en bicicleta se encaminó hacia La Gran Granja.

Annelise y Lilian prosiguieron en dirección al bosque.

Llegada a las caballerizas de La Gran Granja, Puck se detuvo para reflexionar. Resultaba claro como el rayo que Annelise deseaba mantenerla apartada. Quería asegurar la «exclusiva» de Lilian.

Puck escogió al caballo llamado «Smoky», lo ensilló y partió alegremente hacia la pista.

Entonces oyó la voz del señor Dreyer, y la de un hombre joven que le acompañaba.

Este último decía:

— Estoy buscando desesperadamente un animal apropiado, pero hasta ahora sin resultado. ¡Si lo encontrara aquí...!

— ¿De veras le interesa tanto? — preguntó el señor Dreyer.

— Sí —respondió el otro—. Me he visto obligado a renunciar a todos los concursos hípicos en el último año. Desde que murió «Rolf», así se llamaba mi caballo, no he conseguido ninguno a mi gusto.

Habían llegado a la pista y el señor Dreyer saludó alegremente a Puck.

— ¿Cómo van tus entrenamientos, Puck? Permítenos echarle una mirada a «Smoky».

Puck puso al animal al trote. Después al galope. Cruzó la pista de través, ejecutó una parada y finalmente dejó que el animal marchara al paso, con las riendas flojas.

— ¡Magnífico! — exclamó el señor Dreyer —. Eres ya una experta...

Y volviéndose hacia su joven acompañante, dijo:

— ¿Se ha dado cuenta de lo que es capaz «Smoky», señor Joergensen? ¿Le gustaría adquirirlo?



—No, gracias. No es lo que estoy buscando. Además parece tener algo en la pierna derecha delantera.

— ¡Nada de eso! —exclamó el propietario—. ¡Quiere probarlo?
Puck saltó al suelo y ofreció las riendas al joven, quien montó en un periquete.

Era un jinete magnífico, pero había algo en su forma de tratar al animal que disgustó a Puck. Daba la impresión de no poder soportar a «Smoky» y al mismo tiempo de querer obligarle a ejecutar sus menores deseos. Cuando desmontó, declaró:

— ¡No me interesa!

En el instante en que Puck recuperaba las riendas, llegaron Lilian y Annelise.

— Acercaos a la pista — dijo el señor Dreyer —. Queremos ver los caballos.

Las muchachitas obedecieron y apenas habían dado una vuelta cuando Joergensen exclamó, mostrando con el dedo el caballo que montaba Lilian:

— ¡Esto es lo que yo andaba buscando!

Una satisfecha sonrisa bailaba en sus labios.

El señor Dreyer arrugó el entrecejo.

— ¿«Blis»? Sí, es un buen caballo pero...

Su mirada se detuvo en Puck, la cual observaba al señor Joergensen con evidente inquietud.

«Blis» ocupaba un lugar enorme en su vida. Era el caballo con el cual había aprendido a montar y si lo vendían lo echaría muchísimo de menos.

— ¡Lo pagaré bien! — dijo Joergensen, entusiasmado.

Dreyer dudó, pero Annelise que había detenido su montura, intervino:

— Véndelo, papá. Así podrás comprarme el pura sangre que vimos el otro día...

Y volviéndose hacia Lilian, añadió:

— Baja, Lilian...

El señor Joergensen montó a «Blis». Puck pudo comprobar, como antes, que su forma de tratar al animal era molesta. «"Blis" no será feliz a su lado», pensó tristemente.

El señor Dreyer no acababa de decidirse, pero Annelise intervino de nuevo:

— Sí, sí, papá, véndelo...

Y el señor Joergensen insistió a su vez:

— Es exactamente lo que andaba buscando — dijo.

Los ojos de Puck iban del uno al otro. Se sentía muy deprimida.

—¿Quién es ese señor Joergensen? —preguntó Lilian.

Las muchachitas se hallaban ahora en las caballerizas, desensillando sus monturas.

— Un director de banco de Copenhague —respondió Annelise—. Parece dispuesto a comprar a «Blis»... Es un excelente jinete, y ha ganado numerosos concursos.

Puck se levantó sobre la punta de los pies para colgar la silla. Después condujo a «Smoky» hacia su lugar, le dio avena y le acarició.

— ¿Qué dirías si vendiéramos a «Blis»? — le preguntó Annelise súbitamente—. Así papá podría comprarme el pura sangre que deseo...

— Pues no sé... —dijo Puck, dulcemente.

— ¿Tal vez tú preferirías guardar a «Blis»?

— Sí, tal vez... —respondió Puck—. Pero el caballo no es mío, así que mis preferencias cuentan poco.

— Claro — dijo Annelise. Y volviéndose hacia Lilian —: El pura sangre es maravilloso y me sentiré feliz de poseerlo. Si el señor Joergensen compra a «Blis»...

— Tal vez no lo compre — dijo Lilian, que se había dado cuenta del disgusto de Puck.

Annelise estaba tan absorta en sus propios deseos que no se preocupaba de los sentimientos de los demás.

—¡Claro que lo comprará! —afirmó con optimismo—. Vamos a tomar un poco de té.

— No, gracias —dijo Puck—. Debo regresar a estudiar.

— Yo también —dijo Lilian.

Annelise las miró alternativamente.

— ¡Es terrible lo estudiosas que os habéis vuelto! Lilian, quédate un poco más y luego estudiaremos juntas.

Sin esperar la respuesta de Lilian, Puck dijo «adiós» y se fue en bicicleta de regreso al pensionado.

Su humor era sombrío.

Ya preocupada por el problema Annelise-Lilian, ahora se añadía a su pesar la pena por la venta de «Blis». Puck se sentía

profundamente desdichada, pero ¿qué podía hacer?

Comprendiendo que aquello disgustaba a Puck, Annelise era muy capaz de persuadir a su padre de que vendiera «Blis» al señor Joergensen. En aquellos momentos de obstinación, la mimada hija del señor Dreyer podía llegar a comportarse con maldad. Puck no sabía a qué santo encomendarse.

— ¡Hola! — gritó una voz a su espalda.

Y volviéndose vio a Lilian que pedaleaba con todas sus fuerzas para alcanzarla.

— Creí que te quedabas en La Gran Granja.

— ¡Jamás! —protestó Lilian—. No hay que dejar que Annelise se salga siempre con la suya. Además debo estudiar.

Puck se alegró de la compañía de su amiga. Al menos Lilian no estaba enojada con ella.

— Lo que sucedió ayer fue tonto —dijo Puck—. Yo no quería herir ni a la una ni a la otra. Hubiéramos podido pasear juntas las tres.

— No pienses más en ello.

— No puedo evitarlo. Annelise está furiosa conmigo.

— ¡Peor para ella! No es posible ser amiga de todo el mundo.

— Pero yo quiero seguir siendo su amiga. En el fondo, a pesar de sus caprichos, es una muchacha estupenda.



—No te preocupes más. Annelise acabará por comprenderlo.

— Le costará..

Los temores de Puck resultaron bien fundados.

Un poco más tarde, Annelise regresó de La Gran Granja. Al encontrar a Puck en el corredor, no le dijo nada, y penetró en su cuarto, con la nariz apuntando al techo.

Estaba furiosa.

Durante la cena, Puck trató en vano de atraer su mirada y, cuando los alumnos se levantaron de la mesa para ir a dar un paseo

por el parque, se le acercó procurando entablar conversación.

— ¿Quieres ir al lago conmigo? — preguntó Puck.

Annelise sacudió la cabeza:

— ¡Imposible!

Puck le cortó el camino:

— Me gustaría hablar contigo, Annelise.

De nuevo ésta sacudió la cabeza:

— Ahora no. No tengo tiempo.

— ¿Por qué estás tan enojada? — preguntó Puck.

Annelise se puso a reír a carcajadas:

— ¿No irás a suponer que estoy enojada por tu culpa? Y dicho esto, en tono desdenoso, se alejó.

Entonces una mano se puso en un hombro de Puck.

— ¿Lo ves? — exclamó Karen—. Ya te lo había dicho... Es completamente tonta. Olvídala.

Puck se mordió los labios. A pesar de la opinión de Karen, no podía «olvidar» aquel asunto. Además, le preocupaba terriblemente el futuro destino de «Blis».



Karen dijo:

— En tu lugar, no le concedería importancia. Annelise acabará por darse cuenta de lo tonto de su conducta y todo volverá a la normalidad. ¡Si tú puedes perdonarla!

— No tengo nada que perdonarle — dijo Puck, con los ojos llenos de lágrimas que no podía contener.

Karen le pasó un brazo por los hombros:

— Nosotras, las cuatro del Trébol, permaneceremos siempre

unidas, recuérdalo para consolarte. Vamos al embarcadero. Creo que allí están ocurriendo cosas palpitantes.

Puck miró hacia el lago. Alboroto, Cavador y Navio se habían reunido allí. Los tres tenían en las manos trozos de madera y trapos de colores.

Las dos muchachitas corrieron a su encuentro.

— ¿Qué estáis haciendo?

— Calma, amiguitas — dijo Alboroto —. Nos ocupamos en cosas muy serias.

— ¡Es palpitante, formidablemente palpitante! —exclamó Navio—. Mira, éste es el trapo verde que nos faltaba...

Y mostró el chal verde de Karen. Cavador gritó con entusiasmo:

— ¡Sí, es exactamente el verde que nos hacía falta! ¿No te molesta prestarnos tu chal, Karen, en nombre de nuestra vieja amistad?

— Pero ¿para qué?

— No; no lo estropearemos. Prometido. Nos servirá de bandera de señalización.

— ¿Señalización?

— Sí, es un viejo y noble arte, que está cayendo en el olvido. Antes todas las señales a distancia se hacían con banderas, pero ahora se hacen con radio. La firma «Alboroto y Cavador» ha decidido rehabilitar el antiguo método de la marina.

— ¿No podrías explicarte más claramente? —dijo Puck.

— Es muy sencillo. Estamos aprendiendo a comunicarnos por medio de banderas. Tengo un libro de «boy-scouts» y hace un tiempo lo estuve leyendo. Pero casi lo he olvidado. Navio es nuestra alumna. Por un precio muy barato: un helado.

— ¿Es difícil?

— Nada de eso. Basta con dos banderas, una blanca preferentemente y la otra roja. Pero como sólo tenemos un trapo rojo, deberemos contentarnos con el chal verde de Karen.

—No se verá, contra el fondo verde del césped —observó Karen.

—¡Bah! Como ahora es otoño, servirá. El bosque ya no es la verde...

Unos minutos después estaban todos absortos en los difíciles ejercicios de señales con banderines. Puck y Karen leían el libro donde todas las señales venían dibujadas.

Su misión consistía en rectificar los errores de Alboroto.

De pie junto a la otra orilla, Cavador agitaba otras dos banderas, en tanto Navio se cuidaba de rectificar sus equivocaciones, que eran frecuentes.

Luego, Puck hizo también unos intentos, e intercambió mensajes con Navio, corregidas ambas por los dos muchachos, que les gritaban sin cesar:

— No aprenderéis nunca...

— Las chicas son desesperantes...

— ¡A la derecha...!

— ¡A la izquierda...!

— ¡La bandera blanca! Sí; ahora la roja...

Puck olvidó sus penas. Aquello era apasionante.

— Tus brazos parecen aspas de molino — dijo Karen —. Además me toca a mí ahora.

Puck le devolvió los banderines y permaneció un instante perpleja.

— ¿Qué hay que indicar?

— Bah... Cualquier tontería... —dijo Puck.

Reflexionó un instante y de pronto su rostro se iluminó con una sonrisa.

— Es divertido semejante código... Puede decirse cualquier cosa.

— Voy a decir algo de los profesores — dijo Karen.

Y con la ayuda de Puck dijo con las banderas:

— Fagerlund ama a Josiassen.

Al otro lado del lago, Navio estuvo a punto de desmayarse de risa.

Levantó los banderines, a su vez, y con destreza contestó:

— Cavador debe cuatro coronas a Bose.

— ¡Haz el favor de no publicar a los cuatro vientos mi desastroso estado financiero! —rugió el muchacho.

Puck había interpretado penosamente las señales, consultando el libro. Se divertía mucho.

Durante el camino de regreso, encontraron a la señorita Ellen Brink, que llegaba en bicicleta. Les sonrió y todos la saludaron alegremente:

— Eh, Cavador, no está muy bien deberle dinero a Bose — dijo la joven profesora.

Cavador se quedó de una pieza:

«¿Cómo lo sabe?», pensó el muchacho.

— ¿Os habéis divertido? —preguntó Inger cuando las chicas llegaron a su cuarto.

— Mucho. Hemos estado aprendiendo el arte de hacer señales con banderas. Podremos usar el sistema en nuestras excursiones.

— Y también durante los paseos a caballo — dijo Puck —. Enviando señales, se sabrá siempre la posición exacta de cada jinete.

— Me gustaría aprender a montar — comentó Inger —. ¿Crees que Annelise me prestaría un caballo?

— Seguramente — respondió Puck, pero en el acto se acordó del cambio operado en su amiga últimamente.

Se mordió el labio y no dijo nada.

— Todo se arreglará —le dijo Karen, comprendiendo sus pensamientos. Y volviéndose hacia las demás explicó —: Annelise se está comportando estúpidamente desde hace algunos días... Ha sido muy desagradable con Puck y todo porque está celosa...

— ¿A causa de Lilian Latour? — preguntó Inger.

Puck sonrió:

— Sí, has dado en el clavo. Creo que Annelise teme que Lilian y yo nos convirtamos en demasiado buenas amigas y que ella quede así relegada a un segundo término.

— ¡Y como sólo le gustan los primeros! —observó Navio, que se había tendido en su litera y contemplaba el techo . Dime, Puck, ¿qué es un «rallye»?

—Pues... Verás... Se sale de dos en dos, con diez minutos de intervalo. En el último instante se sabe el lugar al cual hay que dirigirse. Se dispone de un mapa. En el primer puesto se encuentra a un controlador que anota la hora de la llegada, y facilita la situación del siguiente puesto de control. Al final, gana quien suma más puntos.

—Sería interesante un «rallye» a caballo... Pero puesto que le has peleado con Annelise...

— Estoy dispuesta a hacer caso omiso de su enfado — respondió Puck—. No tengo nada que reprocharme, y no quiero que mi actitud haga más difícil la reconciliación.

— Muy razonable por tu parte —observó Inger.

— Annelise merecería una paliza —dijo Karen.

— Estoy de acuerdo — añadió Navio.

— ¡No digáis bobadas! —objetó Inger—, Estoy segura de que no habláis en serio.

— No, claro que no. Sólo que a veces esa caprichosa nos vuelve locas.

Una tarde, el matrimonio Dreyer se paseaba por la orilla del lago. El tiempo era bueno y el paisaje hermoso. Pero el señor Dreyer estaba inquieto:

— Annelise me preocupa un poco —dijo, pensativamente—. Hay algo raro en ella. ¿No te has dado cuenta?

— No, de veras... ¿Qué será, según tú?

— ¿No te has dado cuenta de que en los últimos días evita a Puck para echarse al cuello de Lilian?

— Sí, lo he notado. Pero ya conoces a Annelise. Cuando tiene una manía...

—Sí, pero ahora eso me disgusta. Puck es una chiquilla estupenda, que ha ejercido sobre Annelise una influencia beneficiosa. Sentiría que su amistad se quebrantara.

La señora Dreyer exclamó riendo:

— Ah, los hombres... ¡Nunca entenderéis lo que pasa por la cabeza de una mujercita! Pero tal vez sea mejor así.

— ¿Qué quieres decir?

— Quiero decir que tú y yo hemos mimado con exceso a nuestra hija. Por tanto no debe extrañarnos que su carácter se resienta de ello.

— Eso no tiene nada que ver con su amistad con Puck.

— Sí. Annelise está acostumbrada a ser siempre el número uno en todo, y todo iba bien mientras compartía ese primer papel con Puck. Pero de pronto ha aparecido en su mundo otra chiquilla muy atrayente, hija de artistas de reputación mundial, que ha recorrido medio mundo y habla no sé cuantas lenguas... Lilian se ha sentido enseguida unida a Puck, y Annelise está celosa. Pero no me preocupa por eso.

— ¿Y Puck?

— Ella sigue tan sensata como siempre. Continúa como si tal cosa...

— ¿No podríamos invitarlas a ambas?

— Lo estropearíamos todo. No, querido, dejemos que se espabilen solitas... Además Bill y Jennifer llegarán pronto y Annelise se distraerá. Todo se arreglará, ya lo verás...

El señor Dreyer golpeó el suelo con su bastón.

— Eso espero. Lamentaría entristecer a Puck. Es por esta razón que aún no he vendido a «Blis».

— Querido mío, ¿no te estarás preocupando más de la cuenta?

— Quizás... —murmuró él—. Ven, regresemos a casa... El sol se está ocultando ya...

Puck leía en el «Trébol de Cuatro Hojas», cuando llamaron a su puerta.



Era Lilian Latour.

— ¿ Puedo pasar?

— Claro —repuso Puck—. Estaba estudiando verbos alemanes y mi cabeza es un caos.

— No te molestaré mucho. Sólo quiero hablar un poco contigo.

Lilian se sentó y miró seriamente a Puck.

— Es a causa de todo ese asunto con Annelise...

— Ah...

— ¿No tienes ganas de hablar de ello?

Puck se encogió de hombros.

— Es inútil. Annelise está enfadada por algo que ignoro. Pero, como me deja tranquila, no puedo quejarme.

— Sí, pero yo estoy en una situación espantosa — lanzó Lilian

—. Puedo asegurarte que, si pudiera hacer algo por reconciliarlos, lo haría de mil amores.

Puck sonrió:

— Muy amable de tu parte, Lilian. Pero me temo que no sea fácil convencer a Annelise. Ni tú ni yo podemos hacer nada.

— No, es cierto, nada de nada.

—Entonces no hablemos de ello.

— ¿Qué ocurrirá con la clase de equitación de mañana? Debemos discutir las reglas del rallye que Annelise quiere organizar. Y pronto llegarán sus primos de Tejas. Entonces, será formidable montar a caballo. Debemos preparar los puestos de control cuanto antes...

Puck agradecía la compañía de Lilian, pero hubiera preferido quedarse sola con sus pensamientos.

— ¿No podríamos ir mañana las tres a cabalgar juntas?— preguntó Lilian—. Hablaré de ello a Annelise...

— De acuerdo. Pero no le digas que yo te mando.

— ¿Me crees boba?

— ¡En modo alguno! —exclamó Puck, riendo.

Annelise hizo una mueca y tardó en contestar.

—Había pensado en ir a dar un paseo por el lago contigo — dijo al cabo—. Con bocadillos y refrescos...

— ¡Podríamos ir las tres! —propuso Lilian.

— Sí, claro... Pero la idea de llevarnos a Puck no me entusiasma. ¡Es tan pegajosa!

— No soy de la misma opinión — dijo Lilian tan firmemente como pudo.

— ¿Acaso a ti te enorgullece su amistad?

— Sí —contestó Lilian—. Me enorgullece que una chica tan encantadora sea mi amiga.

Después se levantó y se fue. Una sonrisa bailaba en sus labios. ¡Annelise se había ganado aquella lección!

Al día siguiente, Puck ensilló a «Blis» y se encaminó sola hacia el bosque, pero, apenas había llegado a la casa del guardabosques Bang, cuando escuchó ruido de cascos a sus espaldas. Annelise y Lilian se acercaban. Ambas saludaron con la mano a Puck y pronto

estuvieron reunidas.

— ¡Hola! — dijo Annelise.

Lilian rió:

— Tenemos el proyecto de dar la vuelta al lago. ¿Qué dice de eso la señorita Winther?

— ¡Fantástico! —exclamó encantada.

Y volviéndose hacia Annelise, que estaba a su izquierda:

— Es muy amable de tu parte — dijo.

Annelise apenas pudo sostener su mirada. Evidentemente no todo estaba arreglado todavía.

— Ha sido idea de Lilian — dijo, malhumorada.

— ¡Una idea formidable, Lilian! — respondió Puck riendo, procurando ocultar con su fingido entusiasmo su pena.

— Vamos —ordenó Annelise, impaciente por poner fin a aquella conversación.

Cabalaron en silencio. Annelise montaba un ruano llamado «Júpiter», bastante inquieto. Pero la chiquilla era una excelente amazona.

Lilian montaba a «Smoky».

Al atravesar el bosque, Annelise se las arregló para mantenerse al lado de Lilian y dejar a Puck un tanto rezagada. Pero ésta disfrutaba del paseo.

Jamás el bosque del Oeste le había parecido tan bello. Los árboles lucían colores hermosos: amarillos, rojos, anaranjados... Y las escasas hojas que les quedaban servían para dar realce a aquel paisaje de otoño.

Llegadas al pantano, las muchachitas hicieron dar la vuelta a sus monturas para tomar un atajo que conducía a las ruinas y desále allí dirigirse al bosque del Norte.

Poco después, Lilian pudo acercarse a Puck. Quería demostrarle que «ella», al menos, deseaba su compañía. Molesta, Annelise la llamó:

— Ven a mi lado, Lilian. Quiero contarte algo...

— Espera un poco...

— No, ahora —insistió Annelise—. Debemos ir más deprisa si queremos dar la vuelta al lago. No hay razón alguna para retrasarse tanto...

Puck no pudo aguantarse más.

— Si quieres decir que yo os retraso, dejadme atrás.

— ¡Menos mal que has acabado por darte cuenta! — exclamó Annelise.

— Podéis ir donde queráis —repuso Puck—. Yo regreso a la Gran Granja.

Puck dio media vuelta. Lilian intervino:

— ¿Por qué no podemos pasearnos tranquilamente las tres?

— ¡Lilian! — repitió Annelise —. Vamos te estoy esperando...

Lilian estaba perpleja... ¿Qué debería hacer?

Siendo como era invitada de Annelise, le debía ciertos miramientos. Pero por otra parte la conducta de ésta le parecía inadmisibles. Y no le gustaba nada la forma cómo se desarrollaban los acontecimientos.



— Os quedaréis libres de mí en seguida — dijo entonces Puck, espoleando su montura. Y desapareció al trote por entre los árboles. Lilian la siguió. Annelise se dio cuenta de que estaba a punto de perder la batalla y, después, de unos momentos de duda, las siguió también al galope.

Estaba furiosa. No sabía qué hacer, pero no podía soportar la idea de ver a sus dos amigas irse juntas.

Espoleó a «Júpiter» y pronto se reunió con ellas. Al pasar junto a «Blis» gritó:

— Sois unas amigas encantadoras...

— Annelise —gritó Lilian—. Acabemos de una vez con tanta tontería...

Aún no había acabado su frase cuando se produjo el accidente. Sintiendo la proximidad de «Blis», «Júpiter» se puso nervioso y, sin que su amazona pudiera impedirlo, quiso golpear con una pata el caballo que montaba Puck.

Pero fue Puck quien recibió el golpe.

Todo sucedió tan rápidamente que apenas nadie pudo darse cuenta.

El brutal golpe paralizó a Puck de tal modo que, de momento, no sintió nada. Después palideció, vaciló en su montura y apretó los dientes para retener un grito.

Como en la niebla, vio el rostro enloquecido de Annelise y escuchó sus lamentos:

— Ah, Puck... ¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado? ¡Todo es culpa mía!

Puck no vio más que oscuridad. Empezó a deslizarse lentamente, a caer, caer...



—Ah, Lilian... ¿Qué debemos hacer?

Gruesas lágrimas se deslizaban por las mejillas de Annelise mientras sostenía a Puck en sus brazos.

Viendo a su amiga vacilar en su montura, había desmontado rápidamente, justo a tiempo para evitar que, desvanecida de dolor, cayera al suelo.

Lilian tomó las riendas de «Blis» y «Júpiter» para inmovilizarlos. Pero ahora los caballos estaban tranquilos. «Blis» se rascó un instante el hocico con una de las patas delanteras y «Júpiter» empezó a mordisquear en la hierba.

Annelise necesitaba todas sus fuerzas para sostener a Puck y colocarla suavemente en el suelo. Sus lágrimas caían sobre el rostro desvanecido de su amiga.

— Ah, Lilian. ¿Qué debemos hacer?

— Sólo está desmayada. En seguida se sentirá mejor. Manténla

acostada para que la sangre no acuda a la cabeza. Pronto volverá en sí.

En efecto, ya Puck abría los ojos y miraba a Annelise con asombro. Su rostro se contrajo de dolor.

— Oh, ¿qué me ha...?

— Quédate quieta —murmuró Annelise—. Nosotras te ayudaremos.

— Oh, mi pierna...

Puck hizo de nuevo una mueca, pero no dijo nada.

Annelise no podía retener el llanto. A cada contracción del rostro de Puck, lloraba más abundantemente. ¡Seguramente Puck se había roto una pierna! Quizás no podría volver a caminar nunca... ¡Y todo por su culpa...!

Puck apretó los dientes y dijo:

— Ayúdame a montar de nuevo a «Blis». Debo regresar...

— Pero con la pierna así..., no podrás.

— ¡Claro que podrá! —intervino Lilian.

Su voz parecía fría y firme, pero si las otras dos la hubieran observado, habían comprobado que angustia la atenazaba.

— Yo te ayudaré a levantarte hasta la silla. ¡Ven, Annelise! Yo soy la más fuerte de las tres, lo que indica que el trabajo del circo no es del todo malo. Toma las riendas, Annelise. ¿Puedes apoyarte en la otra pierna, Puck?

— Creo que sí...

Se sentía débil y miserable, ya que el dolor que sentía era fuerte. Pero la decisión de Lilian la obligaba a esforzarse.

—Conduce a «Blis» hasta aquí. Levantemos ahora a Puck —ordenaba Lilian y Annelise la obedecía puntualmente.

— Agárrate a mi cuello, Puck — dijo, luego a la herida —. Yo te levantaré cuanto pueda, pero tú deberás asirte a la silla e izarte apoyada sobre el vientre hasta conseguir pasar la pierna derecha al otro lado...

Parecía tener muñecas de acero al levantar así a Puck. Fue atroz por la pierna herida, pero no había otro remedio para salir de allí.

— Ahora siéntate en la silla. ¿Crees que podrás mantenerte firme?

— Sí, creo que sí...

Sin poder retener un grito de dolor, Puck consiguió el propósito.

Estaba ya erguida en su montura, con la pierna herida colgando inerte a uno de los lados.

— ¿Resistirás hasta la escuela? Iremos al paso, naturalmente...

— Sí —respondió Puck apretando los dientes.

El trayecto se hizo eterno para la chiquilla. Los minutos parecían horas. Cuando llegaron a la casa del guardabosques, Puck suspiró aliviada. No hubiera podido resistir mucho más.

Cuando las muchachitas estuvieron ante el portal de la escuela, la puerta se abrió de golpe y apareció el director con expresión asustada.

Sin decir palabra, descendió los peldaños del porche y tendió los brazos hacia Puck, quien se dejó caer en ellos, de nuevo desvanecida.

Se despertó en su cama.

La señora Frank se inclinaba hacia ella con un vaso de agua en la mano. Detrás se veía el rostro inquieto del director.

— El doctor llegará de un momento a otro — dijo la señora—. Hemos llamado una ambulancia, ya que deberás ser trasladada al hospital de Sundkoebing.

— Oh, no... —exclamó Puck—. Es culpa mía... Sabía que



«Júpiter» es un animal inquieto y hubiera debido permanecer más alejada de él.

— Seguramente —aprobó la señora Frank, sonriendo—, Pero no será nada grave, ya verás.

— ¿Dónde está Annelise?

— Ha regresado a su casa con los caballos.

Puck inclinó la cabeza y no dijo nada más. Se sentía pequeña, débil e indefensa.

Se escucharon pasos en el corredor. Era el médico. Entró y se inclinó hacia Puck.

— Veamos esa pierna — murmuró, apartando las sábanas.

Con expertas manos, tocó el miembro herido. Puck gimió. El doctor se levantó y recomendó:

— Espero que la ambulancia llegue pronto.

— ¡Aquí está! —exclamó entonces la señora Frank.

Desde la carretera, en efecto, sonaba la sirena de la ambulancia.

— ¿Me dejarán en el Hospital? —preguntó Puck.

El doctor inclinó la cabeza, rascándose la nuca.

— No tengo la menor idea — respondió finalmente —. Dependerá de la radiografía. Pero espero que sólo se trate de un golpe o de una minúscula fractura. Ya veremos...

— Tómallo con calma, hijita — dijo la esposa del director para consolarla.

La señora Frank acompañó a Puck a Sundkoebing y durante el trayecto le mantuvo asida la mano.

La moral de Puck era más bien baja, pero la joven dama la confortaba a las mil maravillas.

Puck dijo al cabo de un largo silencio:

— ¿Cree usted que eso será largo, señora?

— No, no lo creo — respondió la esposa del director, apretándole la mano asida—. No te atormentes antes de tiempo.

— Sí, pero si me prohíben montar a caballo...

— Será por un corto período de tiempo. Vamos, pequeña Puck, no llores. Dentro de un mes todo estará bien de nuevo.

Pero Puck no pudo retener las lágrimas. Con labios temblorosos murmuró:

— Dentro de un mes... ¡«Blis» ya habrá sido vendido!

Annelise, que recibió a sus primos de América, tenía un aspecto desmejorado. Había obtenido permiso para acompañar a sus padres a Copenhague para acoger a Bill y Jennifer que llegaron por avión, procedentes de California.

— ¡Pensar que han volado por encima de Groenlandia! —suspiró la señora Dreyer,

—¿Y cómo han ido de Tejas a California?

— Según he entendido, su padre los ha llevado en coche.

— ¡Un largo trayecto!

— Sí, de varios días. Pero los americanos son así. Pasan la noche

en «moteles» y prosiguen camino al día siguiente.

—¿Y dónde comen? —preguntó Annelise.

— Donde mejor les conviene. En restaurantes de carretera llamados «drive-inns».

— ¿Qué significa eso?

— Son albergues organizados de tal modo que no hay que bajar del coche para comer. Los automovilistas entran en un parking y jóvenes camareras les acercan el menú en bandejas...

Annelise y sus padres debieron aguardar ante la oficina de la aduana, pero al cabo vieron a un muchacho y a una jovencita pasar por la puerta giratoria. Los viajeros vestían pantalón azul y camisa a cuadros, y llevaban dos grandes maletas

— ¡Bill, Jennifer!

La muchachita dejó las maletas y corrió a abrazar a sus tíos. El muchacho saludó levantando el índice hasta la frente.

— Hola, tío...

— Hola, Bill...

Annelise no pudo evitar una sonrisa. Aquel sonrosado y fresco muchachito tenía un aspecto tal de seguridad en sí mismo que provocaba risa.

Jennifer se acercó a ella.

— *Howdy?* —dijo.

El asombro de Annelise apagó su sonrisa.

— Quiere decir (cómo estás), pero abreviado — explicó el padre.

— ¿No pueden... hablar danés? —preguntó Annelise aturdida.

— Sí... algo... —respondió Jennifer, sonriendo—, Dinamarca es un lindo país —añadió agitando sus rubios rizos.

Annelise tendió la mano a Bill, quién le dijo:



—Todo perfecto... Buen viaje. *Howdy?*

— *Howdy?* —repitió Annelise y estalló en risas.

Qué originales eran sus primos; con aquellos pantalones vaqueros y las camisas a cuadros... ¡Y qué contenta estaba de recibirles en La Gran Granja!

En el coche, los dos a la vez contaron el apasionante vuelo por Groenlandia, aparte de lo cual el viaje había sido corriente. Pero los pasajeros eran simpáticos y las azafatas, guapísimas. Les habían servido pollo, queso y refrescos.

— Entonces, ¿no tenéis apetito? —preguntó la señora Dreyer.

— Sí, tenemos y mucho —respondió Bill, cuyo danés dejaba mucho que desear.

Ya en La Gran Granja, los chicos americanos abrieron sus maletas y Annelise se quedó asombrada por las bellas cosas que en ellas traían.

Había allí vestidos preciosos, pantalones, camisas tejanas auténticas, sombreros de vaquero y un par de botas preciosas. ¡Y todo era para Annelise!

— ¿Pero y vuestras cosas dónde están?

— Aquí —respondió Jennifer.

Annelise comprobó que su vestuario era muy sencillo.

Los niños americanos conceden poca importancia a esto. ¡Unos pantalones téjanos, unas cuantas camisas, ropa interior, y calzado en tela en su mayor parte!

— Y ¿qué os ponéis cuando debéis ir a alguna fiesta? —preguntó Annelise.

— ¿Qué nos ponemos?

Jennifer se encogió de hombros.

— Pues eso mismo... Además, también tengo un vestido.

— Muéstrámelo...

La joven americana le indicó la maleta donde se hallaba el traje. Estaba metido allí de cualquier modo y arrugadísimo.

— ¿Es el único vestido que tienes?

— Yes... Pero no me lo pongo nunca —dijo Jennifer.

Después su expresión se animó:

— ¿Cuántos caballos tienes?

— Seis. Es decir, son de papá...

— *Good!* Mañana montaremos — declaró Jennifer —. También nosotros tenemos caballos.

— ¿Vais al colegio? —preguntó Annelise.

— Sí, todos los días, incluso el domingo. El autocar viene a buscarnos. ¡Es muy divertido!

Se tenía la impresión de que aquellos muchachitos no se aburrían nunca. Jennifer era muy parlanchína y parecía encantada con su prima danesa.

En cuanto a Bill, se había metido en la cocina y estaba mordisqueando todo cuanto de comestible hallaba a la mano.

— *They are good*, dijo, masticando. Y agregó en danés con voz sonora—: ¿Cuándo cenamos?



El tiempo era tan apacible que Puck podía permanecer en el balcón del primer piso.

Cada mañana trasladaban hasta allí su cama, la cubrían bien y colocaban libros y papeles en una mesita cercana. Así podía permanecer acostada toda la mañana, mientras sus compañeras estaban en clase. La señora Frank subía a menudo a hacerle cortas visitas y, por lo general, le subía alguna cosilla: una manzana, chocolate...

Hacía cuanto podía para que el tiempo no se le hiciera largo...

La radiografía había revelado una fractura y un gran hematoma, que llevarían tiempo curar. Con la pierna enyesada, Puck fue devuelta a Egeborg. Al cabo de varios días, ya se sintió con ánimos de proseguir sus estudios. Todo el mundo decía que, después de todo, había tenido suerte. Pero ella estaba impaciente por volver a montar a caballo.

Y entretanto, ¿qué sería de «Blis»?

También la atormentaba no tener noticia alguna de Annelise. Lilian y las demás la visitaban con frecuencia, todos los días varias veces, a pesar de la recomendación hecha por los doctores de dejar descansar a la herida.

Cada día, después de la clase, la señorita Brinck subía a poner a Puck al corriente de las lecciones explicadas. Y cada día la chiquilla sentía crecer su simpatía por aquella linda y joven profesora.

Ellen Brinck era un elemento estimulante para Puck, en aquel tiempo de prueba.

Pero todo el mundo se había mostrado tan gentil con ella... Un día la señora Frank le entregó una caja de bombones, y le dijo:

— ¿No podrás decir que entre todos no te mimamos, eh, Puck?

— ¿Quién me envía, estos bombones? —preguntó la chiquilla a su vez.

— ¡Lo ignoro! Venían sin tarjeta... Un regalo así sólo se recibe en el día del cumpleaños o cuando se está enferma.

En aquel momento llegó la señorita Brinck, y Puck le ofreció un bombón. La señora Frank se fue, y Puck y su profesora estuvieron trabajando durante una hora.

Luego, la señorita Brinck encendió un cigarrillo y preguntó:

— ¿Cómo ocupas tu tiempo?

— Pues... leo...

— Y te aburres, ¿eh?

Puck asintió con la cabeza.

— No puedo negarlo. Pronto me sabré todos los libros de memoria.

— Si yo diera con algún medio de distraerte... —dijo la profesora, pensativa—. ¿Te interesa el tricot?

— No, gracias...

— Oye... Tengo una idea... Tiempo atrás yo estuve muy aficionada a la navegación a vela...

— Supongo que no querrá usted enseñarme a navegar en la cama...

— ¡Naturalmente que no, joven impertinente! Pero estaba pensando en que tal vez te divirtiera hacer ejercicios de señalización con banderas.

Puck miró a su profesora con asombro.

— Sí, por ejemplo el sistema Morse. No es difícil... Se puede hacer incluso con una linterna... Pero los marinos suelen usar banderas...

Puck miró con fijeza a la señora Brinck.

— ¿Usted lo conoce?

La profesora rió.

— ¡Sí!

— ¡Y esta es la razón por la cual adivinó que Cavadore debía cuatro coronas a Bose! —gritó Puck.

La profesora rió de buena gana.

— En efecto. Yo estaba sentada tomando el sol ante la entrada del colegio cuando vi agitarse vuestras banderas en el lago. Con la lentitud que usabais, no resultó difícil leerlas.

— Ahora todo se explica — dijo Puck, riendo a su vez —. A nuestros ojos resultó un auténtico misterio. Y eso prueba que hay que ser discreto incluso hablando con banderas...

— Sí, no lo olvides. Ahora voy a mi cuarto a buscar algunos banderines para que tú te entrenes...

Al cabo de poco, regresó y empezó a agitar ante Puck unos alegres banderines de papel, enseñándole a interpretar su lenguaje.

Pasó una hora rápidamente.

— ¡Basta por hoy! — exclamó entonces la profesora, levantándose—. Mañana proseguiremos, y entretanto puedes echarle una mirada al código que te he traído.

Aquella misma tarde, Puck recibió una imprevista visita. Se

había quedado medio dormida cuando una voz dijo:

— *She is asleep* (Duerme).

Abriendo los ojos, vio un rostro redondo, coloreado bajo un pelo corto y rizado. Dos ojos azules la escrutaban.

— Hola, Puck — dijo entonces la voz de Lilian —. Te traigo un visitante. Es Bill, el primo tejano de Annelise. *Bill, this is the girl I told you about* (es la amiga de quien tanto te he hablado).

— Ah —exclamó Bill.

Sus ojos se encontraron y el muchachito sonrió de modo encantador. Puck se sintió cautivada.

— ¿Queréis un bombón? —preguntó.

— No —dijo Bill, después de examinar la caja.

Lilian sonreía.

— Es un poco brusco — explicó —, pero buen chico. Sólo que no está muy bien educado, ¿verdad, Bill?

Y Bill respondió con una sonrisa decidida.

— ¿Sabes montar a caballo? —preguntó a Puck luego.

Y antes de que ella tuviera tiempo de responder, añadió—: «Blis» es el caballo más bello de la Granja, pero quieren venderlo. ¡Qué horror!

— Sí —murmuró Puck, de nuevo triste—. Es terrible... yo quiero mucho a «Blis», pero ¿qué puedo hacer?

— No deberían venderlo si a ti te gusta tanto —afirmó el muchacho...

— No, pero... ¿Montas tú con frecuencia?

— Todos los días —contestó Lilian por él—. Bill es un jinete magnífico, lo mismo que su hermana Jennifer. Pero ahora debemos irnos. Lo he traído sólo para que le conocieras.

La mirada de Bill se perdió en el lago. Después, volviéndose hacia Puck, dijo:

— ¡No deberían vender a «Blis» si tú le quieres!

Puck sonrió:

— Eres muy amable al pensar en mí, Bill, pero hay que aceptar las cosas tal como vienen. ¿Volverás a verme?

— *I will* (lo haré) —prometió.

Después desaparecieron.

Puck no pudo olvidar aquella visita. Bill era muy, muy simpático a pesar de la falta de modales indicada por Lilian.

A Puck le había gustado la expresión de sinceridad que se leía en sus ojos y su modo directo de decir las cosas.

Le gustaría, también, conocer a Jennifer. Qué raro era que Annelise no la visitara...

—¿No has ido a ver a Puck ni una sola vez desde el accidente?
—preguntó la señora Dreyer.

Annelise no respondió. Con la mirada fija en sus botas de montar, se entretenía haciendo dar vueltas al látigo.

— ¿Ni una? —repitió su madre.

Annelise se encogió de hombros. No se atrevía a mirar a su madre a la cara.

— He estado muy ocupada últimamente —murmuró—. Y Puck no debe recibir muchas visitas... Y además, debo ocuparme de Jennifer y Bill...

La señora Dreyer la examinaba duramente:

— ¿Qué te ocurre? —preguntó finalmente—. Cuéntame todo lo que ha pasado entre Puck, Lilian y tú, vamos...

Annelise sacudió la cabeza:

— Es que no lo sé muy bien...

Algunas lágrimas reveladoras brotaron de sus ojos. La señora Dreyer la tomó por los hombros.



—Al principio creí comprender lo que te ocurría, hijita, y no quise intervenir. Para ti, y en gran parte por culpa nuestra que te hemos mimado demasiado, es siempre catastrófico cuando alguien

te desbanca en algún sentido. Y tú has temido que Lilian ocupara tu puesto cerca de Puck. Pero algún día tendrás que aceptar que no es bueno pensar sólo en uno mismo. Por eso el pensionado resulta beneficioso para ti. Te gusta, ¿verdad?

Annelise asintió con la cabeza. Las lágrimas seguían rodando por sus mejillas.

— Comprendo que sea importante para ti ser la mejor amiga de Puck, y también que te guste Lilian. Pero debes aceptar que cada una de ellas tiene a su vez derecho a una vida personal e independiente de ti, que no pueden hacer siempre tu voluntad.

— Creo que empiezo a comprenderlo, mamá.

Con el puño cerrado se secó las lágrimas.

— ¿Piensas que Puck estará muy enojada conmigo?

— Desde luego que no —exclamó asombrada su madre.

— Le he hecho tanto daño...

— ¿Eso es lo que te atormenta?

— Sí... Es por mi culpa que...

La voz de Annelise se quebró y ya no pudo contener el llanto. Sollozó abrazada a la señora Dreyer, quien la dejó desahogarse libremente. Al cabo, la madre dijo:

— Oye, Annelise... Crees que estarías enojada con Puck si ella se hubiera comportado contigo como tú lo has hecho con ella?

— No, no creo... Yo... la «quería tanto»...

— ¿Y ella a ti no?

— Sí, tal vez...

— ¿No te parece que sería una excelente idea ir a verla? Desde que está en cama, no has ido ni una sola vez...

— ¡Le envié una caja de bombones! —murmuró Annelise—. Pero sin tarjeta, porque temía que no quisiera aceptarla.

— No se devuelve nunca una caja de chocolates, cuando se es tan aficionada a lo dulce como sois vosotras — dijo la señora Dreyer, riendo—. Anda, lávate la cara y vuelve al pensionado. Alguien te está esperando...

Ellen Brinck, para entonces, acababa de dar su clase de señalización a Puck. Recogió los banderines y se levantó.

— ¡Has aprendido mucho ya! —dijo—. Mañana diré a algunos alumnos que vayan a recoger setas al otro lado del lago. Yo iré con

ellos y me llevaré banderines para enviarte un mensaje. Para estar seguros de que lo verás, te dejo aquí mis gemelos.

Cuando la profesora se hubo ido, Puck tomó los lentes gemelos y, desde su cama, pudo así observar la orilla opuesta del lago. ¡Sí, podría leer fácilmente el mensaje que la señorita Brinck le enviara! Y sería apasionante.

El señor Dreyer estaba en las caballerizas, mirando a «Blis», que comía avena.

— Me veo obligado a venderte, querido amigo — murmuró al animal—. El coche del transportista llegará de un momento a otro. Adiós, pues, viejo compañero...

No comprendía aún cómo se había decidido a aquella venta, ya que no era en modo alguno por razones económicas. Podía permitirse muy bien el lujo de ofrecer un pura sangre a Annelise sin vender nada...

Pero tenía cierto compromiso con el señor Joergensen, con cuyo banco le unían muchos negocios. Molestar al director del banco, no le convenía...

— No hubiera debido ceder...

—*Nice horse!* (¡Hermoso caballo!) —murmuró entonces una voz a su lado.

El señor Dreyer se volvió. Era Bill, en pantalón vaquero y camisa a cuadros, como de costumbre.

— No deberías venderlo, tío... Puck lo sentirá mucho. ¡Lo ama tanto!

— Sí, es cierto —admitió el señor Dreyer—. A Puck le gusta mucho este caballo. Pero a cambio, tendremos un pura sangre...

— Deberías regalarle «Blis» a Puck... Se sentiría tan feliz...

— Pero ¿qué sabes tú, diablillo?

— Fui a visitarla — dijo Bill, acercándose para acariciar al animal—. Y pienso que deberías regalárselo...

— Pero si ya está casi vendido; ahora mismo pasarán a recogerlo...

En efecto, se escuchó entonces el ruido de un motor. El señor Dreyer se precipitó a recibir al señor Joergensen. Entonces, Bill echó una ojeada a su alrededor. Nadie le veía. Y empujado por un súbito impulso, agarró a «Blis» por las crines y montó en él.

A «Blis» le gustó su joven caballero, que era un experto.

— ¡No te venderán! —gritó Bill.

Mientras tanto, el señor Dreyer se acercaba a saludar al señor Joergensen.

— Buenos días — dijo éste —. Vengo a buscar a mi maravilla de caballo.

— Sí —repuso el propietario, sonriendo a desgana—. Entremos a tomar un vaso...

Se instalaron ambos en el despacho del señor Dreyer, quien sirvió un whisky a su comprador.

—Supongo que estamos de acuerdo en todo — dijo éste.

— Sí... Es decir...

— ¿Qué significan estos titubeos? —dijo el señor Joergensen, frunciendo las cejas —. Creí que la venta era ya cosa hecha...



—Bueno, aún no hemos firmado ningún documento...

— ¡Eso qué importa! Yo quiero comprar el caballo.

El tono impaciente del director del banco molestó al señor Dreyer.

— Escuche... Parece ser que es importante para alguien que yo conserve este caballo.

— ¡También es importante para mí comprarlo! Y yo había confiado en la palabra de usted...

El señor Dreyer miró a través de la ventana. Sí, era cierto, había dado, por así decirlo, su palabra.

— ¡Está bien, Joergensen, me rindo! Un acuerdo es un acuerdo...

Se acercó a la puerta, seguido por el señor Joergensen. Pero en aquel momento se oyó el resonar de los cascos de un caballo a galope tendido.

— Pero, ¿qué ocurre?

Ambos se acercaron a la ventana.

«Blis», montado por Bill, a pelo, atravesaba el patio al galope.

El señor Dreyer se precipitó a la puerta, pero sólo tuvo tiempo de ver cómo caballo y caballero desaparecían en dirección al bosque.

— ¡Ya volverán! Esperemos un poco —dijo.

— Sí, pero el caballo iba muy lanzado. No sé si el muchachito sabrá dominarlo.

— Creo que sí, es un buen jinete.

— Deme usted otro caballo. Le perseguiré —gritó Joergensen, corriendo hacia las caballerizas.

Annelise salía de allí en aquel momento, tirando de «Júpiter». El señor Joergensen le arrancó las riendas de las manos y saltó a la silla.

Todo transcurrió tan rápidamente que apenas puede ser descrito. Jennifer apareció detrás de su prima y dijo:

— *Where is Bill?* (¿Dónde está Bill?).

El señor Dreyer las puso al corriente de la situación.

— Bill se ha escapado con «Blis» para impedir que se lo vendamos al señor Joergensen. Pero éste no tardará en atraparles.

Las muchachitas le miraron asustadas. Annelise suplicó:

— ¡No debemos vender a «Blis», papá!

Éste miró a su hija sorprendido e inquieto:

— Pero... si tú misma me lo pediste...

Annelise replicó:

—Lo sé, lo sé... Pero no hay que venderlo. ¡No papá! No hay que vender a «Blis»...

Llorando se precipitó en brazos de su padre:

— He sido terriblemente mala, papáito...

Emocionado, el señor Dreyer contestó:

— No temas, hijita. ¡No lo venderemos!



Jamás Bill había tenido profesor de equitación, sino que simplemente, en el rancho de su padre había aprendido a montar según los métodos de los vaqueros. Pero ningún caballo era capaz de derribarle de la silla.

Y ahora no llevaba, al huir, ninguna idea preconcebida. Bill pensaba sólo en Puck y quería hacer algo por ella.

En un muchacho sencillo como él, los impulsos eran casi siempre seguidos, casi siempre convertidos en actos.

Al llegar al borde del bosque, escuchó a sus espaldas el galope de otro caballo. Volvió la cabeza y vio a un jinete en medio de una nube de polvo. ¡Le perseguían! Bill, entonces, hundió los talones en los flancos de su montura y le golpeó en el lomo con una mano. «Blis» saltó hacia delante y desapareció en medio de los plateados troncos.

— *Come on! Come on!* (¡Adelante! ¡Adelante!)

El señor Joergensen era también un buen jinete y «Júpiter» un caballo rápido y vigoroso. En cierto momento la distancia entre «Blis» y «Júpiter» disminuyó mucho, y el perseguidor se vio ya con la victoria en la mano...

Pero entonces Bill, haciendo girar a «Blis», le lanzó a través de una depresión del terreno. Las ramas herían el rostro del muchacho, pero eso no importaba. El señor Joergensen se sintió tan sorprendido por la maniobra del chico, que perdió terreno. Bill apretaba las piernas contra los flancos de «Blis» y corría como jamás había corrido en su vida.

Experimentaba una alegría salvaje por haber escapado de su perseguidor. Y apenas puso atención a un grupo de escolares que

cruzó en su alocada carrera. Ellos se apartaron con expresión de susto, viendo cómo caballo y jinete corrían hacia el lago, cada vez más y más rápidamente...

Puck estaba sentada en su cama, con los gemelos ante los ojos, tratando de localizar las señales que la señorita Brinck le haría. ¡Resultaba divertido ver tan cerca la otra orilla del lago, cuando en realidad estaba tan lejos, y poder distinguir cada rama, cada matorral, cada arbusto...!

Súbitamente, Puck se sobresaltó. Se irguió sin hacer caso del dolor que se provocó en la pierna herida.

Un caballero corría hacia el lago a una velocidad vertiginosa.

Reconoció al caballo. Era «Blis». «Su "Blis"». Desapareció detrás de un arbusto y volvió a aparecer un instante después.

Puck entrevio una camisa a cuadros y un pelo rubio muy corto. Estuvo a punto de perder la respiración. ¡Era el muchachito americano llamado Bill! Y daba la impresión de haber perdido el dominio del caballo. Con la ayuda de los gemelos inspeccionó los alrededores y vio surgir a «Júpiter», corriendo detrás de «Blis». Pero no pudo reconocer a su jinete.

¿Quién era? ¿Había tal vez una carrera de caballos en el bosque? ¿O bien «Blis» se había embalado? Algo en el animal le decía a Puck que caballo y jinete corrían un mortal peligro...

Estaban a punto de alcanzar el pantano. Era cosa de minutos... Si Bill no conseguía dominar su montura, ambos se hundirían en el peligroso barro.

Y mientras «Júpiter» persiguiera a «Blis», éste no se detendría. ¡Sólo deteniendo la persecución podría evitarse la catástrofe!

Puck se levantó en su cama. Sus manos temblaban. Ah, si ella no estuviera imposibilitada... ¿Qué podía hacer, qué?

Nada... Y sin embargo...

Dejó caer los gemelos y echó una mirada a su alrededor. En una silla había un chal rojo y, debajo de su almohada, un gran pañuelo blanco. Si conseguía enviar un mensaje a la señorita Brinck con las dos «banderas»...

Volvió a tomar los lentes.

«Blis» seguía galopando. El corazón de Puck latía como loco. ¿Dónde estaba la señorita Brinck?

¡Uf! Acabó finalmente por descubrir el grupito multicolor de alumnos saliendo del bosque. Pero desde donde se hallaban no podían ver a Bill y «Blis».

Debía salir de la cama. Debía levantarse para que Ellen pudiera ver sus señales.

Puck lentamente, se dejó deslizar a un lado de la cama y puso con precaución su pierna buena en el suelo. Agarrándose a una silla consiguió ponerse en pie. La pierna herida le dolía terriblemente, pero no le hacía ningún caso. Tomó con una mano el echarpe rojo y con la otra el pañuelo blanco.

¡Mientras la vieran!

Ya no conseguía divisar a «Blis», que había desaparecido tras unos arbustos, hacia el pantano. También «Júpiter» y su jinete habían desaparecido de su vista.

Entonces Puck agitó las banderas hasta que una señal del otro lado le indicó que la señorita Brinck había captado su intención de enviar un mensaje.

Hizo entonces un esfuerzo para acordarse del código, y, aunque no fue fácil, consiguió transmitir:

PANTANO NORTE SOCORRO

La respuesta no tardó:

EXPLICATE MEJOR

Puck respondió:

JINETE CAERA PANTANO

Ella vio al grupo multicolor correr entonces hacia el norte y suspiró aliviada. Entonces escuchó una voz a sus espaldas:

— Puck... ¿Qué haces?

Era la señora Frank que acababa de llegar. Se acercó rápidamente a Puck.

— Pero, Dios mío...

Puck entonces sintió un vivo dolor en la pierna. Vaciló.

La señora Frank la ayudó a acostarse de nuevo.

— ¿No se te puede dejar sola ni un minuto, Puck? ¿Qué estabas haciendo?

Puck gimió un poco:

— No he tenido más remedio, señora — dijo —. ¡Era cuestión de vida o muerte!

— ¿Cómo dices?

Puck contó lo que acababa de ver. La señora Frank tomó los gemelos y observó el pantano.

— ¡Todo el mundo corre! — dijo —. En efecto, algo ha sucedido. Un jinete montando un caballo blanco sale velozmente en dirección sur.

— Irá en busca de ayuda —gritó Puck—. Telefonee al equipo de socorro, que envíen un coche inmediatamente. Estoy segura de que «Blis» se ha precipitado en el pantano.

La señora Frank corrió a telefonear, después de haber dejado los gemelos. Puck se apoderó de ellos, y pudo ver, en medio de los arbustos que dificultaban la visión, que Ellen Brinck organizaba los auxilios. Pero el accidente había debido de ser grave, ya que seguramente el caballero de «Júpiter» habría salido en busca de ayuda.

Puck, desde su cama, tomó de nuevo sus banderines para llamar la atención de la señora Brinck.

La respuesta no tardó en llegarle:

MUCHACHO CAIDO PIERNA ROTA

Puck preguntó:

¿Y EL CABALLO?

Y no pudo contener un grito de alegría al recibir la contestación.

CABALLO BIEN

Volvió a dejarse caer contra la almohada. ¡Gracias a Dios! Las cosas no habían resultado tan terribles como había temido. ¡Bill y «Blis» habían conseguido evitar el pantano, por una razón u otra!



Cerró los ojos. Después respiró a fondo. Su pierna le dolía atrocemente. Pero no importaba, ya que ambos, Bill y «Blis», estaban fuera de peligro.

A lo lejos oyó el claxon de un coche, y comprendió que Bill no tardaría en recibir los cuidados precisos.

—Es la más formidable historia de vaqueros que he oído en mi vida —declaró Lilian.

Estaba sentada junto a la cama de Puck, masticando un bombón.

— Bill es un chico encantador — dijo con la boca llena —. Nunca aprendió equitación, pero su hazaña con «Blis» es prodigiosa. Tiene el corazón en su sitio, ese americanito...

— ¿Lo hizo sólo para evitar que «Blis» fuera vendido?

— Sí, y eso es tonto. Huir no soluciona nunca nada.

— Es cierto — admitió Puck —. Huir no soluciona nunca nada.

Y su corazón se encogió un poco.

— El señor Dreyer ha medio prometido vender a «Blis» al director de banca, ya que Annelise quiere comprar un pura sangre...

— Sí, ya lo sé...

— Pero Bill se ha compadecido de ti y ha decidido evitar que perdieras a «Blis».

— ¡Ese pequeño loco! ¿Cómo se encuentra?

— Bien. Por el momento está en cama, en La Gran Granja, y desde allí da órdenes a todo el mundo. La señora Dreyer ya no sabe cómo complacerle. Y por su parte, Bill está encantado de que su estancia en Dinamarca deba ser prolongada.

— ¿Y su hermana?

— Es cierto. No la conoces aún...

Lilian no dijo más, porque en aquel momento se abrió la puerta y aparecieron en ella Annelise y Jennifer.

—Hola — dijo Puck, sonriendo.

— Hola —contestó Annelise.

Tendió una mano a Puck.

— ¿Cómo te encuentras?

— Muy bien —respondió Puck.

Se sentía feliz y ligera. ¡Por fin Annelise había ido a visitarla!

— Jennifer te da las gracias, ya que gracias a ti su hermano no tuvo un accidente más grave.

— Sí —aprobó Jennifer—. *I am so happy and grateful!* (Me siento feliz y agradecida).

Estrechó la mano de Puck.

— Toma, chocolate —dijo colocando una gran caja en la mesita de noche.

— Gracias... Pero es demasiado. Después de todo yo sólo quería evitar que se cayera al pantano.

Annelise la miraba fijamente.

— A pesar de todo ha sido magnífico.

— ¿Cómo está «Blis»?

Annelise le estrechó la mano con fuerza.

— ¡No lo venderemos! —murmuró, y una lágrima brilló en sus ojos.

Después añadió:

— Oh, si supieras lo furioso que se ha puesto Joergensen... Pero papá permaneció impasible. Rehusó vender... Y el pura sangre puede esperar... ¿No crees?

Puck no dijo nada.

Se sentía tan feliz de que su querido «Blis» no tuviera que abandonar la Gran Granja...

— ¿Y tu pierna? —preguntó Annelise—. Todo fue culpa mía.

— Tonterías... Todo ha sido una serie de desdichados accidentes. ¿No crees, Lilian?

— Desde luego —respondió ésta.

Guiñó un ojo detrás de Annelise.



—Sí, pero... —preguntó Annelise—: ¿Cuándo podrás levantarte?

— Dentro de unas semanas.

Entonces la puerta se abrió, y Alboroto y Cavador irrumpieron en escena, trayendo helados que distribuyeron a derecha e izquierda.

— Hemos pensado que tenías necesidad de «vitaminas» explicó

Alboroto—. Pero me temo que, aunque hemos pedaleado desde Oesterby con todas nuestras fuerzas, han llegado un poco deshechos.

—¡Son perfectos! — dijo Annelise —. Y los usaremos para brindar: ¡A tu salud, Puck! Es triste que estés en cama...

— Bah — exclamó Puck —. ¡Así todo él mundo me mima! A la salud de todos.

Y Puck, contemplando la sonrisa de Annelise, se sintió mejor que nunca.

¡Ya había pasado todo!

FIN